



Noaj, N°. 10, julio de 1995

DOSSIER: KADISH POR UNA MASACRE

- Senkman Leonardo. Presentación, pp. 1
- Viñas, David. Genalogía y actualidad, pp. 2-4
- Tarnopolsky, Samuel. “Los atentados más cruentos se produjeron durante los gobiernos democráticos libremente elegidos”, pp. 5-7
- Szichman, Mario. El mejor de los mundos posibles, pp. 8-11
- Futuransky, Luisa. Peso sobre los hombros, pp. 12-15
- Plager, Silvia. Un ojo en el espejo, pp. 16-18
- Blaisten, Isidoro. El árbol de la estirpe humana, pp. 19-20
- Mercado, Tununa. Samovar en casa provinciana, pp. 21-23
- Goloboff, Mario. Antes del cambio, pp. 24-27
- Feirstein, Ricardo. 18 de julio: Dos momentos, pp. 28-31
- Nadir, Nora. Crónica de una muerte no anunciada, pp. 32-37
- Senkman, Leonardo. Entrevista a Simja Sneh, sobreviviente del atentado, pp. 38-44
- Spector, Graciela. Ponerse a llorar, pp. 45-46
- Maldavsky, David. Violencia política y rocesos subjetivos, pp. 47-58

- Galli, Cristina. Llamada solidaria, pp. 59-60
- Abraham, Tomás. El minuto de silencio del pensamiento, pp. 61-63
- Itzigsohn, José A. La vida es más fuerte que el terror, pp. 64-65
- Najenson, José Luis. Tali3n, pp. 67-68
- Viñas, Ismael. A pesar de la furia de los fanáticos, pp. 69-70



A un año después de la masacre de la calle Pasteur, el dolor por tanta sangre derramada en el edificio de la comunidad judía de Buenos Aires se crispa con la ira de comprobar que el mayor crimen perpetrado contra los judíos de Argentina aún permanece impune.

La antigua tradición del duelo en el judaísmo prescribe que los deudos deban decir la oración del *Kadish* durante los primeros doce meses de la muerte; doce meses es también, en esa tradición, el lapso máximo de castigo a los criminales. Pero la impunidad de éstos también nos exige a todos seguir diciendo *Kadish*.

NOAJ ha invitado a un grupo de escritores a escribir especialmente textos para nuestra revista, a ser leídos en el primer aniversario (*lortzait*) de los asesinados de la AMIA. Nos honramos en publicar, a continuación, un dossier con los textos recibidos al cierre de NOAJ, compuestos por quienes se sienten deudos tanto de las víctimas de la masacre de Pasteur 633, como de la ultrajada justicia argentina. Es la manera personal en que poetas, narradores, ensayistas y dramaturgos desean decir *Kadish* por las víctimas del atentado terrorista. El *Kadish*, paradójicamente, no es una oración fúnebre, sino afirmación de la vida e invocación a la paz. Y cuando es dicho con el corazón, toda la comunidad es la invitada a enaltecer el valor de la vida y su santidad.

NOAJ desea continuar el duelo en este primer aniversario a modo de un *Kadish* colectivo elaborado por nuestros escritores e intelectuales, que se asumen deudos fraternales de las víctimas de la masacre cometida el 18 de julio de 1994.

Es el modo en que NOAJ se congrega a encender la vela del *lortzait* conmemorativo para honrar a los desaparecidos. Su memoria sea bendita en la luz íntima de la misericordia y en el resplandor colectivo que clama justicia.

Leonardo Senkman



Del pogrom de 1919 a la masacre de 1994: el antisemitismo evocado por David Viñas y Samuel Tarnopolsky

Genealogía y actualidad

A la memoria de Esther y de María Adelaida

David Viñas

TRATANDO de ser breve y preciso, si cabe: la violencia antijudía de enero de 1919 en la Argentina presupone, en lo esencial, la culminación de un proceso íntimamente vinculado a las grandes inmigraciones del último cuarto del siglo XIX. Proceso que, mediatamente, implica una exacerbación de componentes centralmente clasistas, explícitos en la mayoría de los casos; sobre todo si se tiene en cuenta, en una primera aproximación, el aspecto testimonial de numerosos textos literarios —leídos con un criterio antropológico—, que van desde *La Bolsa* (1890) de Julián Martel, cruzando *Las multitudes argentinas* (1890) de José María Ramos Mejía, hasta desembocar en *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) de Manuel Gálvez. Para no abundar.

Este itinerario pone de manifiesto la incidencia libresca de la serie Edouard Drumont/Barrès/Maurras. Secuencia que valdría la pena que fuese analizada con mayor precisión, como uno de

los flecos más difundidos (a partir de una línea de pensamiento central, especialmente francés, que incide sobre la periferia), por el grupo de historiadores que trabaja actualmente en la universidad de Jerusalén con Zeev Stenel. Sobre todo si se tiene en cuenta que ese impacto no sólo se inscribe, desde ya, en el corpus mucho más amplio de las llamadas "influencias", sino en el fenómeno de desplazamiento y saturación en América Latina que puede ser evacuado como una extensa **parodia** de los presuntos originales. Inclusive, por los fuertes rasgos caricaturescos que lo van definiendo debido a la acentuación aislada o predominante de uno solo de sus componentes. Análisis que eventualmente nos llevaría a describir a la totalidad de la cultura de un subcontinente (además de las lógicas y, por ahí, fecundas aculturaciones) como un inédito proceso de **grotesco**. Por cierto: en lo que a la literatura antijudía se refiere, correspondería

*Narrador, crítico, dramaturgo y ensayista argentino. Entre sus novelas figuran **Cayó sobre su rostro**, **Los dueños de la tierra**, **Dar la cara**, **Hombres de a caballo**, **Cuerpo a cuerpo**; escribió numerosos ensayos, entre otros **Literatura argentina y realidad política**; y los dramas **Lisandro y Dorrego**. Dirige la publicación de la obra colectiva: **Historia social de la literatura argentina**.*

revisar tanto los calcos como las inherentes imposturas que pueden leerse en *Este pueblo necesita* (1934) del mismo Gálvez, y *Oro y El Kahal* (c. 1935) de Hugo Wast.

A ese circuito diacrónico alguna vez propusimos llamarlo **inversión de la dicotomía** de Sarmiento: la "barbarie" —notoriamente situada en el campo por la tradición liberal— ya no reside en ese escenario rústico sino en la ciudad. Especialmente Buenos Aires: es que la antigua "Atenas del Plata" de los alrededores de 1850 se ha invertido en "degradada Babilonia" hacia el 1900. Sobre todo en la óptica de la gran elite señorial. Perspectiva dentro de la cual los judíos provenientes de las persecuciones europeas son vistos como la exasperación del **inmigrante peligroso**: su "otredad" condensa al máximo lo distinto inquietante que es visto como "invasión". En este orden de cosas, la ley 4.144, llamada de Residencia, representa la concreción represiva mayor condicionada por "el gran miedo de los *gentlemen*": serie de señores alarmados que involucra entre otros al último Sarmiento de la década del '80, el autor de *Condición del extranjero en América*; así como a su nieto Augusto Belín, responsable de *Una república muerta* (1892), e incluye también a Miguel Cané, el ameno autor de *Juvenilia* (1884).

En este alarmante linaje es posible verificar un deslizamiento desde la xenofobia en general hacia una judeofobia cada vez más nítida, con una secuencia previsible que va postulando: en primer lugar, el inmigrante es un enfermo, y su patología lo convierte en un criminal para el cual se solicita la punición. Con diversos flecos **sanitaristas** además: desde la nombrada Ley de Residencia, hasta la fundación de la facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires (1896), entendida como conjuro simbólico del "virus criminal" que portan los inmigrantes y en especial los grupos judíos en el uso del castellano que, por causa de esa **enfermedad lingüística**, corre el riesgo de corromperse.

Ahora bien: en la feroz represión antijudía de enero de 1919 (que debe ser considerada como el primer pogrom de América Latina), se sobreimprimen otros factores: además de los específicamente clasistas que actúan contra la huelga metalúrgica en los talleres Vasena, la crispación social de los grupos tradicionales arrinconados políticamente con la ascensión al gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916), representante de las clases medias de origen inmigratorio. En esta franja, la oligarquía tradicional, a su vez, presionará a ese presidente radical-populista oscilante entre las reivindicaciones de los obreros huelguistas —en su gran mayoría extranjeros— y las exigencias del patronato cuya última instancia se materializa, precisamente, en la más dura represión.

Tanto es así que, para justificar las *razzias* sobre el gueto porteño, desde la derecha más canónica se puso en circulación toda una mitológica "confabulación judeo-maximalista" cuyo supuesto propósito era instalar un soviét en Buenos Aires. Pretexto que permitió acusar y reprimir despiadadamente a modestos inmigrantes judíos provenientes del ex imperio zarista.

En esta inflexión corresponde intercalar: lo de 1919 fue llamado, a veces, ir a **la caza del ruso**. "Ruso" y **judío** entonces —y sobre todo en Buenos Aires—, eran palabras indistintamente usadas por la represión canónica (así como también por ciertos sectores populares). De donde puede inferirse, sin demasiado esfuerzo, que lo producido en Buenos Aires en 1919 —como miedo gran burgués— estaba teñido por el impacto de la revolución rusa de 1917.

No hay que descartar aquí entre otras variables —además de la proveniente de la más arcaica mitología antijudía de origen español—, la sórdida actuación de los "hijos del 80": **señoritos** previsiblemente influidos por sus grupos familiares y que ya se habían puesto en la superficie desde 1910 —año del centenario

de la revolución independentista— en sus *raids* violento contra todo lo que sonara a extranjero o no canónicamente "patriota".

Dichos representantes de "la juventud dorada" argentina se habían manifestado de manera especialmente violenta agrupándose en "patotas" (bandas que podrían ser consideradas como **protofascistas**) que, con el pretexto de reírse de los inmigrantes tan "cómicos" por sus diferencias como por "su falta de elegancia" sobre todo en el uso del castellano, organizaban burlas siniestras conocidas genéricamente como **titeo**. Escena típica de esos años que llegó a ser considerada por algunos críticos de entonces como "una suerte de institución nacional". Situación que, por cierto, es recogida hasta por el teatro popular de ese momento, y del cual *La patota* (1913) de Carlos Mauricio Pacheco resulta un ejemplo paradigmático.

Y pues bien: el incendio de templos y los despiadados ataques al gueto de Buenos Aires en enero de 1919 pueden ser leídos, desde este punto de vista, como "el apogeo de la gran burla" realizada por los descendientes de la oligarquía señorial. Es que con esa secuela entró en crisis definitiva el liberalismo proclamado por la constitución de 1853. O si se prefiere: esa exasperación puntual resulta el antecedente más notorio y humillante de la masacre de la AMIA del 18 de julio de 1994.

II

EL párrafo final de este borrador de la genealogía del antijudaísmo en la Argentina, me remite ineludiblemente a una suerte de paralelo: si al gobierno de Hipólito Yrigoyen de ninguna manera se lo puede tildar de **culpable** por las miserias antijudías de 1919, sí se lo puede acusar de **responsable** por su evidente impotencia para controlar y detener a las patotas señoriales. Grupos socialmente privilegiados que ac-

tuaron en convivencia con otros no tan "patricios", así como con los bomberos de entonces y con aquella policía formada fundamentalmente con "chinos" provenientes de los sectores marginales de las provincias del interior.

Y aun cuando la formación ideológica y la trayectoria política del doctor Menem —actual presidente argentino— sean completamente distintas y hasta antagónicas respecto de las de Yrigoyen, su **responsabilidad** personal así como la de su gobierno en el brutal atentado contra la AMIA el 18 de julio de 1994, resulta análoga.

Con algunos agravantes: 1) en 1994, la masacre de la AMIA tenía un antecedente similar y muy reciente: la de la voladura de la embajada de Israel en Buenos Aires, en marzo del 92. Advertencia que tendría que haber presupuesto un redoblado control sobre los lugares vinculados a la comunidad judía de nuestra ciudad; 2) el contexto antijudío mundial en 1994 es —obviamente— mucho más exasperado que el de 1919. Y, obviada mayor, las distancias entre Medio Oriente y Buenos Aires en términos de velocidad informativa y de posible control (así como en materia de desplazamientos), prácticamente no presentan dificultades; 3) lo de 1919 fue más "espontáneo", digamos, y espacialmente difuso; en 1994, en cambio, la deliberación, la alevosía y la espacialidad concentrada, resultan más que evidentes; 4) para no extenderme en los procedimientos de control y precaución: el gobierno de Hipólito Yrigoyen, en 1919, no hace sino evidenciar sus limitaciones melancólicamente provincianas; el gobierno de Menem, en la actualidad, por su **irresponsabilidad** precautoria, no hace sino poner en vertiginosa y obscena evidencia que su lugar real es el tercer mundo. Y de ninguna manera ese primer mundo en el que, con un ademán triunfalista y obsesivo, cree colocarse por simple enunciación.



“Los atentados más cruentos se produjeron durante los gobiernos democráticos libremente elegidos”

Samuel Tarnopolsky

1) ¿Cómo se sitúa ante la violencia antijudía de 1919 luego del 18 de julio de 1994?

Efectivamente, soy, como Ud. dice, “uno de los últimos escritores judíos aún en actividad”, sobrevivientes físicos o espirituales de las explosiones de 1919, y aún de las anteriores, 1910 y *La Bolsa* de Martel. Hay un antisemitismo argentino y un antisemitismo en la Argentina, previo a la presencia de judíos

en el país. Hubo repulsas públicas, periodísticas e individuales, desde el arribo de la primera ola inmigratoria, a fines del siglo pasado. El primero es una vergüenza argentina; el segundo, una humillación argentina, penetrada por el fundamentalismo, ahora mahometano.

Me sitúo igual que antes. Sorpresa en el momento; desencanto y quiebra de la ilusión, después. Ambos a corto plazo; pesimismo a mediano; optimismo a muy largo: la moral humana

*Bernasconi, La Pampa, Argentina, 1908. Médico, escritor, periodista y autor de guiones cinematográficos. Narrativa: **Alarma de indios en la frontera sud** (1941, 1952, 1982); **La rastrillada de Salinas Grandes** (1944, 1979); **La mitad de nada** (1969, 1977). Ensayos: **Libros con indios pampas y conquistadores del desierto** (1958); **Los prejuiciados de honrada conciencia** (1971, 1985); **Los curanderos, mis colegas** (1979, 1984).*



mejorará. Fueron vencidos Torquemada, Nicolás II, los gestores del *affaire* Dreyfus y del *affaire* Beilis, Petliura, Hitler.

Me sitúo en reflexivo tanto como en emocional. Viví casi noventa años de discriminación: la afronto con ánimo combativo. Alguna vez fundé un Comité de la Juventud para la autodefensa.

Me sitúo en analista, no sólo en víctima, y como tal igual que cualquier soldado raso en el campo de batalla. Nuestro campo de batalla es todo el mundo, centrado en Israel. Viví en Buenos Aires cuando las paredes exhibían inscripciones: "Haga patria. Mate un judío"; y en Florida y Corrientes se arrojaban volantes: "No compre propiedades judías, las tendremos gratis".

No hay diferencia fundamental entre 1910, 1919 y 1974, aunque el antisemitismo actual se llame antisionismo. La esencia es idéntica. La diferencia es contingente: aquellos fueron de inspiración extranjera: Maurras, Chamberlain, Wagner, y realización argentina; el actual es de inspiración y realización foráneas, hasta donde sabemos por el periodismo: fundamentalista árabe con apoyo argentino, indispensable. Da lo mismo para sus efectos y consecuencias: en el nivel estatal argentino, impunidad; en el nivel judeo-argentino, fortalecimiento de ambas identidades, la argentina en la tradición de Mayo, Moreno, Echeverría, Rivadavia, los generales de la Nación: San Martín, Mitre, Roca; la judía en la tradición de Herzl, Ben-Gurión, Weizmann.

Una modalidad agravante, prospectivamente temible, del racismo local, es que los atentados cruentos se produjeron durante los gobiernos democráticos populares, libremente elegidos en comicios intachables: Yrigoyen, Frondizi, Illia, Menem. Las víctimas fueron colectivas e individuales: el ghetto de Junín y Lavalle, Trilnik, Sirotka, Alterman y muchísimos más de menor repercusión. Durante los regímenes de facto, revolucionarios, reaccionarios, el antisemitismo fue "normal", sin sangre directamente vertida, sí indirectamente durante el régimen del pre-

sidente Castillo, quien no permitió a los fugitivos del nazismo, embarcados en los vapores "Patria" y "Struma", su desembarco ni siquiera en tránsito al Paraguay, que les ofrecía asilo. Los barcos se hundieron en el mar.

Una paradoja argentina: nuestras fuerzas armadas tienen fama de antisemitas —salvo, muy excepcionalmente, algún raro oficial superior. Sin embargo, fue un General de la Nación, el presidente Julio A. Roca, quien encauzó hacia nuestras playas a la emigración judía, fugitiva de los pogroms rusos, llamándola por su nombre —judías— sin ambages ni vueltas. Su decreto no tiene precedentes ni seguidores en ninguna parte del mundo. Ese ilustre soldado merece un bosque en Israel. Otro general, como Jefe de Policía, detuvo la masacre de enero de 1919. Un coronel, luego ascendido a general, impidió a último momento un pogrom en vías de ejecución, según lo relata un verídico capítulo de mi novela *La mitad de nada*.

Tercera modalidad autóctona: el antisemitismo críptico de los amigos de los judíos, auténticos amigos en la superficie consciente, que he analizado en *Los prejuiciados de honrada conciencia*. Demócratas, liberales, alguna vez jugados personalmente por nosotros, junto a nosotros, muestran sin embargo, en momentos de crisis, una involuntaria hilacha racista, desprendida por la presión de un maleado subconsciente colectivo, y el envolvente machacoteo propagandístico que desborda frágiles defensas racionales.

2) ¿Se siente más expuesto luego de la masacre de AMIA?

Ni más ni menos: igual que siempre. Nunca me sentí ajeno a las explosiones colectivas o individuales. Las palpé como actor

o espectador en todos los estratos de nuestra vida social. Están expuestos inclusive los no judíos de nuestra Argentina de raíz y estructuras católicas. La nueva versión fundamentalista mahometana amenaza potencialmente al cristianismo. Nuestro estado argentino ha demostrado invariablemente, sin excepción, su inoperancia para la represión y, peor, para la prevención del odio y la violencia, de cualquier signo, de cualquier origen, en cualquier dirección.

En mi novela empleo la expresión anticristiano-semitismo. Esto es profetizar el pasado: las iglesias porteñas fueron incendiadas dos veces. Un presidente rompió relaciones con la Santa Sede y expulsó al nuncio apostólico. Otro presidente fue excomulgado. Ambos católicos, apostólicos, romanos.

3) *¿Es una tragedia para todo el país?*

Así lo han sentido y expresado muchos cristianos. Me afectó tan directa y personalmente como a cualquier judío bien nacido o a cualquier argentino que reverencia al Libertador: "Mi obra es acción en beneficio de la humanidad". Me siento herido en ambos patriotismos: en el de la tierra y en el de la sangre. Mi madre patria espiritual tiene su capital en Jerusalem, como los católicos —mis hermanos— la tienen en Roma.

Me siento fracasado en la creencia racionalizada, movida por el deseo. Creía porque deseaba creer en este gran país de la Constitución, lo creía inmunizado, a pesar de los Martel, los Hugo Wast y su clase patricia, tradicional, conservadora. Sus libros son textos de lectura oficialmente recomendada en nuestro colegios. Ricardo Rojas, Rector de la Universidad, propuso bautizar con el último nombre, a una escuela primaria. Rojas

ha sido el máximo intelectual del partido mayoritario en su época, integrado por hijos y nietos de inmigrantes, democrático, liberal, popular, obrerista, de clase media.

El neo-nazismo, floreciente en todo el mundo, sin mayor represión, tiene representantes activos en nuestro país. La racionalización de la esperanza ha sido un fracaso.

4) *¿"Todos somos judíos argentinos"?*

En una noble expresión solidaria. La he gozado, declarada por eminentes compatriotas cristianos. Pero no cabe imaginar, con criterio realista y conocimiento histórico, avalado por estadígrafos sociales y psicológicos —ya éditos— que la conmoción actual agote su potencialidad agresora.

5) *¿Escribiría algún texto de ficción o ensayo inspirado en la masacre?*

Ya los he escrito metafóricamente, con muchos años de antelación. *La mitad de nada* —ficción a medias—, noveliza el atentado a Trilnik, que viví muy de cerca. El latente antisemitismo de nuestra sociedad es el tema del ensayo *Los prejuiciados de honrada conciencia*. Son dos libros —perdón por la inmodestia— proféticos, porque se meten, el primero, en la entraña identificada, y el segundo, en la entraña inconsciente, del anticristiano-semitismo argentino. No se hagan ilusiones los cristianos: el fundamentalismo los tiene en su mira... aun que postergados.



El mejor de los mundos posibles

Mario Szichman

Para Ken Hall

EL año era el 2025, y los judíos de Argentina vivían en el mejor de los mundos posibles, si uno comparaba con lo que ocurría en otras partes del planeta.

En primer lugar había desaparecido el antisemitismo, gracias a una serie de leyes, una mejor que la otra. La primera ley, número 4962, había sido sancionada poco después del estallido de un pequeño artefacto atómico en la reconstruida sede de la ex-Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA). Mediante esa ley, todos los execrables atentados con armas atómicas y/o químicas eran un delito de lesa humanidad, y por lo tanto, dirigidos contra la sociedad en su conjunto. Pretender

lo contrario era sembrar las semillas de la división. Como resultado, la DAIA había sido reemplazada por la DAAU (Delegación de Asociaciones Argentinas a Ultranza).

Tras una exhaustiva investigación del atentado, la policía federal había logrado descubrir a un comando no identificado. El juez de la causa había realizado denodados esfuerzos para encontrar a los culpables del ataque. Inclusive había recorrido treinta y dos países siguiendo la pista a una boquilla de cigarrillo usada por uno de los perpetradores del hecho. En las próximas horas se esperaban importantes revelaciones. La iglesia había emitido un comunicado denunciando la corrupción de las cos-

*Novelista e investigador literario argentino, residente en EE.UU. Entre sus novelas: **La crónica falsa** (1969), **Los judíos del Mar Dulce** (1971), **La verdadera crónica falsa** (1972), **A las 20:25 la Señora entró en la inmortalidad** (1981). Es autor de ensayos sobre Miguel Otero Silva y Arturo Uslar Pietri.*



tumbres y la pornografía en los medios de comunicación. También expresaba su dolor por lo ocurrido. El presidente, por su parte, había prometido no descansar hasta aplicar el condigno castigo a los malhechores.

Por supuesto, siempre había algunos desafectos que no estaban satisfechos con el rebautizo de la DAIA, o que se quejaban de la lentitud en las investigaciones, o que trataban de comparar la situación con otras épocas felizmente superadas. La respuesta de la sociedad en su conjunto era:

a) Observen las estadísticas: muere más gente en accidentes de tránsito que en execrables atentados.

b) Toda mención a épocas felizmente superadas podría impedirnos recuperar el lugar que tradicionalmente nos corresponde en el concierto de las naciones.

c) Basta mirar a nuestro alrededor para advertir que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

El más poderoso de los argumentos era indudablemente el tercero. Cuando los ciudadanos DOSNA (De Origen Semita no Arabe) miraban a su alrededor, se les encogía el corazón ante la situación que pasaba el momento judío a nivel internacional. Bastaba ver lo que ocurría en Rusia, donde el zar Alexei El Iluminado, hijo del líder ultranacionalista ruso Vladimir Zhirnovsky, tras revivir las Centurias Negras había anunciado que su libro de cabecera era *Los Protocolos de los Sabios de Sión*.

Tal vez por eso la sociedad argentina en su conjunto recibió con gran alivio la ley 5355, sancionada dos días después del execrable atentado contra el hotel flotante donde tenía su sede provisoria la ex Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), mientras aguardaba a que finalizara la construcción de un refugio submarino.

De acuerdo a esa ley, todos los execrables atentados con explosivos que no hubieran sido autoinfligidos eran un nuevo

delito contra la sociedad en su conjunto. La AMIA había sido reemplazada por la AMAHM (Asociación Mutual de Argentinos Hasta la Muerte). La policía federal, distraída de las perentorias tareas de evitar el crecido número de muertes por accidentes de tránsito, estaba siguiendo varias líneas de investigación, y todas eran igualmente promisorias. El juez de la causa había ido hasta el Himalaya siguiendo la pista a una tuerca perteneciente al motor de la lancha empleada en el atentado y anunciaba para las próximas horas importantes revelaciones. La iglesia había denunciado la corrupción de las costumbres además de dar a conocer un telegrama de condolencia dirigido a la sociedad en su conjunto.

El presidente, por su parte, seguía sin descansar en su deseo de aplicar el condigno castigo a los malhechores. También había prometido seguir sin descansar con respecto a muchas otras cosas. "No descansaré hasta descubrir a los culpables del ominoso atentado", dijo en cierta oportunidad. Era obvio que estaba aludiendo a la reciente destrucción de la renovada sede diplomática de Israel, instalada a bordo de un globo Montgolfier. El jefe de estado siempre hacía preceder con la palabra **ominoso** el atentado contra la embajada del hermano país, así como reservaba **execrable** para los ataques lanzados contra las instituciones de la sufrida y laboriosa colectividad de ciudadanos DOSNA. En cambio, cuando deseaba referirse al ataque contra el consulado israelí, no se andaba con eufemismos y anteponía **aleve** a la palabra atentado.

Otra cosa que no le dejaba pegar los ojos al presidente eran los presuntos criminales de guerra nazis que nunca habían recibido protección de las autoridades argentinas. Él quería ir al fondo del asunto y por eso había ordenado abrir al público los archivos de la policía federal. La policía federal había tenido que dejar nuevamente de lado la prevención de los accidentes

de tránsito y revisar minuciosamente sus archivos. Luego de exhaustivas investigaciones, se había descubierto una carta parcialmente quemada de Josef Mengele dirigida presuntamente a un destacado funcionario —su nombre formaba parte de las cenizas, pero un examen espectrográfico podría arrojar alguna luz sobre el documento— e importante documentación en clave que criptógrafos de la policía intentaban descifrar. El juez encargado de revisar los archivos había prometido al presidente importantes revelaciones en fecha próxima, y el presidente había decidido permanecer despierto el tiempo que fuera necesario.

Pero el presidente era un soñador. Su sueño más grande era la abolición de todos los conflictos sociales pues, como no se cansaba de explicar en entrevistas y conferencias de prensa, “somos todos una gran familia”. Los argentinos DOSNA, que habían conocido en carne propia cómo el antisemitismo prosperaba en épocas de crisis, estaban muy agradecidos a ese presidente decidido a erradicar sus causas. Y si algún desafecto ponía objeciones, era fácil taponarle la boca mostrándole lo que ocurría a su alrededor. Bastaba ver lo que pasaba en Alemania, donde la coalición de gobierno presidida por el partido de las Cabezas Rapadas (rama moderada) había solicitado poderes de emergencia tras el incendio del parlamento. Mientras esos signos ominosos se cernían en el horizonte, el presidente argentino trabajaba denodadamente para lograr la armonía de la sociedad en su conjunto. La ley 8.345 era un gran paso en ese sentido pues intentaba privar a los promotores del odio racial de su herramienta más poderosa: la crisis. Fue así que mediante esta ley la crisis fue reemplazada por la coyuntura. Leyes sucesivas anularon las distinciones entre empleados y desocupados, entre clase activa y clase pasiva, y entre ricos y pobres. En el 2003 el Instituto Nacional de Estadísticas y Censo eliminó el desem-

pleo. A partir de ese momento solamente se toleró la existencia de dos categorías de trabajadores, los pertenecientes a la FLA (Fuerza Laboral Activa) y aquellos enrolados en la FLEVL (Fuerza Laboral en Estado de Vida Latente). Dos años más tarde, los jubilados pasaron a revistar en la FLEVL, rama MAQUEO (Más Adultos que Otros). Por la misma época, la decisión de establecer la paridad del dólar con el dólar permitió eliminar otras desigualdades sociales.

La absorción del dólar en el sistema monetario argentino se había efectuado por etapas. En un principio, los sucesivos gobiernos de turno habían aceptado aparear el peso aborígen a la divisa norteamericana. Pero en el 2001, al asumir el Banco Central de Japón el control de la economía estadounidense e imponer el yen como moneda oficial, las autoridades financieras norteamericanas se encontraron sin saber qué hacer con millones de papeles verdes de excelente calidad y matrices de diversas denominaciones y decidieron venderlos al mejor postor. Fue entonces que las autoridades argentinas decidieron comprar la remesa completa. Sólo se limitaron a alterar los rostros en las matrices para que se asemejaran a próceres argentinos, aunque todos ellos tenían un cierto parecido con el último ministro de Economía.

En el 2010, vino el gran salto adelante. La sociedad en su conjunto pasó a integrar las categorías GPAS (Gente Pudiente a Secas) y GPDRMM (Gente Pudiente de Recursos Más Modestos). Y si a veces la muerte parecía establecer distinciones (la GPAS era enterrada por lo general en el cementerio de la Recoleta, en tanto la GPDRMM solía encontrar su eterno descanso en el cementerio de la Chacarita), eso no se debía a discriminación alguna, sino a la necesidad de evitar los problemas del tránsito facilitando el desplazamiento de las caravanas fúnebres. Como la GPAS tenía tendencia a vivir en las proximidades

dades de la Recoleta, era natural que sus deudos optaran por un osario situado en las cercanías.

Sin embargo, fue recién cuando se estableció la ley 9007 que los ciudadanos DOSNA pudieron descansar en paz. La ley dividió la sociedad simplemente entre Ellos y Nosotros. Mientras los ellos querían retornar a una época felizmente superada, los nosotros sólo miraban hacia el futuro. En tanto los ellos se quejaban de que los ciudadanos DOSNA nunca habían tenido acceso a la presidencia, al ejército, a la Corte Suprema o a la policía, los nosotros demostraban sencillamente que todo funcionario, desde el más prominente hasta el más humilde, era uno de ellos, es decir, de los nosotros.

Y cuando los ellos se preguntaban en voz alta por qué no podía irse un paso más allá y conseguir que algunos de los "nuestros" formaran más parte de los nosotros mediante su designación en algunos de esos altos cargos reservados hasta ahora para "ellos" (nótese la sutileza tendiente a sembrar la división), se producía la contundente respuesta de los nosotros. ¿Acaso los ellos no advertían que intentaban destruir la armonía de los nosotros? ¿No entendían que con esas exigencias los ustedes dejarían de formar parte de los nosotros para integrar una categoría distinta aún peor? Y con el propósito de rematar esos poderosos ar-

gumentos, se invitaba a los ellos a mirar el momento judío. Era suficiente ver lo que había ocurrido en Polonia a raíz de su partición entre Rusia, Ucrania, Eslovaquia, Lituania, Alemania y Tajikistán. El único judío sobreviviente había intentado cruzar la frontera polaca en el momento de la partición y ahora diferentes trozos de su cuerpo eran reclamados por los seis países.

Al observar esa penosa situación que se vivía alrededor ¿acaso alguien podía dudar que en la Argentina se vivía en el mejor de los mundos posibles?

Nueva York, abril de 1995 

HISPAMÉRICA

revista de literatura

Suscripción anual:

Individuales, U\$S 30; Patrocinadores: U\$S 40.

América Latina: Por pedido a la dirección.

Suscripciones y correspondencia: **Saúl Sosnowski**
5 Pueblo Ct., Gaithersburg, Md. . 20878, USA

Peso sobre los hombros

Luisa Futoransky

a Beatriz y Leo Senkman

J'avais acquis la conviction que le ciel n'est bleu que par convention mais rouge en réalité.

Carta de Alberto Giacometti a Pierre Matisse en 1947

ESTO de conmemorar es un gran lío. Los multimedia son cocodrilos que tienen una panza insaciable, lo engullen todo; con preferencia bicentenarios. Después arremeten contra lo que pueden: centenarios, bodas de oro, de plata, latón, incluso de algodón. Lo que venga; hasta que, a falta de otra cosa, se meten dentro también un pobre añito. Todo vale, con tal de borrar con el codo, rápido. Los cocodrilos lloran lágrimas para digerir mejor. Ojo con las lágrimas porque derramadas a destiempo y deshora te pueden hacer convertir en estatua de sal como le ocurrió a la señora Lot, que está paralizada en alguna parte de nosotros mismos. Es sabido que la sal constituye la materia prima, incorruptible, de las lágrimas.

En Francia estos últimos años tomé conciencia de cierta utilización frívola de la memoria. Las celebraciones se superponen, se enciman unas a otras, a veces cambian de efecto y objetivo en medio del camino y transforman sus contenidos al arbitrio de los vientos políticos en boga. Bicentenario de la Revolución Francesa, del nacimiento o de la muerte —da lo mismo— de Mozart, centenario del cine, cincuentenario de la liberación de París, del suicidio de Walter Benjamin o de la liberación de los campos. Después, de vuelta a casa, circulen, no hay nada que ver, todos aliviados y vacunados, todos absueltos. La conciencia, mejor dicho, la mala conciencia tranquila. Enjuagada con algún producto nuevo que lava mejor. Eso dicen.

*Argentina, 1939. Reside en París. Ha publicado, entre otros, los poemarios **Trago fuerte** (1963), **El corazón de los lugares** (1972), **Partir, digo** (1982), **L sanguina** (1987) y las novelas **Son cuentos chinos** (1983) y **De Pe a Pa** (o de **Perkín a París**) (1986), **Urracas** (1992). Fue traducida al francés y gan importantes premios literarios. Su último libro, publicado en francés, es **Lunes de miel** (1995).*



Derecho y deber de memoria

EN julio, el venidero, primer aniversario ya de un edificio que se derrumbó con mármol, cemento, ladrillos, libros, contabilidades, sanitarios, cocinas, floreros, teléfonos y telefax. Por segunda vez (*¡Deme dos!, ¿remember?*) Argentina, mi país, presente en cada sílaba que pronuncio en cualquier otro idioma en que vivo, protagonizaba en un lapso muy breve un atentado antisemita. No íbamos andarnos con chiquita. Tenemos la manía de querer hacer las cosas en grande.

Ocurrió un lunes por la mañana. Con gente dentro. Con gente dentro. El edificio no era ni un comité, un banco o una comisaría. Era un centro comunitario que se ocupa entre otras cosas, tradicionalmente, de los asuntos de los muertos. Es decir de todos los pormenores que concienen de cerca y de lejos a su memoria.

Hace unos tres años, en el Encuentro de Escritores Judíos Latinoamericanos celebrado en Buenos Aires, otro mes de julio, fuimos recibidos por el presidente de la DAIA, Sr. Beraja. No recuerdo mucho de su discurso ni de las tortitas que lo acompañaban o si nos sirvieron té o café. Tengo presente el rostro de algunos amigos y muy pocas palabras de nuestro anfitrión. Sé que me quedé enrollada, imantada con una de sus frases. Hasta ahora. Beraja nos alertó acerca de los peligros que representaba la ostentación de la comunidad. De qué nos está hablando. ¿Nos estará recordando las servidumbres reales de la condición diaspórica, cuyo signo mayor consiste en la carencia permanente de tranquilidad? Repetía, de alguna manera, los temores ancestrales y arquetípicos, transmitidos como ecos, como piedras arrojadas al río que se expanden en círculos concéntricos de reprensiones temidas y temibles formuladas en nuestros propios hogares de generación en generación. "La colectividad es ostentosa", nos anatemizó un par de veces más Beraja. *Mea*

culpa. Los judíos no tenemos que hacernos ver, eso redundaba siempre en mal contra nosotros, ahora era mi papá quien me amonestaba, dándome como ejemplo a un tal Disraeli, judío que llegó nada menos que a ministro de la reina Victoria; y algo de su doble mensaje flotaba de nuevo en nuestro aire. En inglés te ordenan *keep a low profil*: pareciera que la falta de modestia condenara no sólo al individuo sino a todos sus correligionarios. Al menos eso repetían también los judíos austríacos en los años treinta, confundiendo siempre de enemigo. Empinando el codo del dos mil, en eso estamos, todavía. Entre el orgullo secreto de pertenecer y el temblor ante el castigo que aparentemente tiene que derivarse de él, en forma inevitable.

Algo está muy pero muy prodrido: ¿sólo en Dinamarca?

IR de lo particular a lo general y viceversa ha sido mi sistema para construir mis pobres, frágiles ciudadelas contra la peste. Están hechas de puro *patchwork*: frases, retazos, cosechas vitales, palpitaciones a lo largo y ancho de mis días y mis vías; mis lecturas, en suma, esta vida.

Freud dice que aquello que no puede reconstituirse con precisión en la memoria se repite en la conducta. En criollo, son las versiones repetidas hasta el cansancio, desde que nací, del calificativo indisociable: **gallego, ruso, tano, chino, negro, siempre de mierda**. ¿Desde el vamos, por qué tanta mierda, en boca de mi país? En lenguaje criollo-brechtiano la respuesta, coral y con encogimiento de hombros sería: "¡y, en algo se habrán metido!"...

Correligionarios avisados trataron de explicarme que los autores de ambos atentados vinieron de afuera: fueron los sirios

para vengarse (?), los malos, los mafiosos, el hombre de la bolsa, los ovnis –por qué no ellos–, para asustar a los nenes buenos que somos los argentinos, siempre tan derechos, siempre tan humanos. Nada de ello estaba dirigido contra los judíos argentinos de la Argentina. Supongo que tampoco nos estaban destinadas las bombas de alquitrán que decoraban permanentemente las fachadas de las sinagogas y en especial la del templo de Libertad. Algunos “amigos” gentiles de profesión y origen profirieron que serían los mismos judíos a quienes por descuido, casualidad o intencionalmente se les había explotado un arsenal, como el que tenían en la embajada.

Explicarse la naturaleza del prejuicio a través de la gramática de nuestras peripecias urbanas de todos los días es casi imposible porque con cada anécdota el espíritu se vuelve un campo minado, erosionado.

Un ejemplo del de dónde venimos: Después del encuentro con Beraja, al salir de la sede de la Amia, nuestro inefable y tan querido Héctor Yanover me cuenta que Ricardo Molinari en cierta oportunidad había mantenido con él, en su librería “Norte” de pueyrredón 1454, el siguiente diálogo:

–¿Sabés porque Jesús nació judío?

–No, decime.

–Porque quiso nacer entre la hez de los pueblos.

Sic.

El *mælstrom* es una terrible corriente marina, subterránea, en forma de espiral, que todo lo aspira y todo lo destruye, hasta los plácidos ríos de los poetas formadores como Molinari, cuyas brazadas de palabras tanto amamos en nuestra juventud. Ya sé que no es Molinari quien nos amenaza con bombas crónicas ubicadas en los tachos de basura entre restos de berenjenas pasadas o la leche que se queda sin beber. Sé que estoy mezclando muchas cosas. Qué son, además, dos bombas antise-

mitas en Argentina ante la contabilidad millonaria de muertos en Cambodia, Timor, Biafra, Ruanda... apenas una gota en el vasto mar océano del horror. No confundas, no confundas –me repito–. Má sí. Quiero y puedo mezclar mi rabia, mi miedo, mis temores, quiero señalar dónde el mundo tiene hemorragias porque hoy como nunca hay que tener claro, hay que distinguir las víctimas de los verdugos y no pedir que los verdugos sean quienes nos den los testimonios de la barbarie. ¿Acaso, en el fondo, cada uno de estos atentados, estas monstruosas capitulaciones y violaciones del derecho internacional y de los derechos del hombre y del ciudadano en particular, no son triunfos póstumos de Hitler, quien sigue sembrando, segando su enseñanza de delirio paroxístico, su locura?

¿Conmemoramos demasiado?

Fosilizar el odio, sacralizar la memoria, ¿La volverá estéril?

Los más fervientes militantes de la memoria, los que de manera encarnizada han desollado (ante quienes han querido enterarse) algunas facetas de la *Shoah*, que tuvieron la desdicha de aproximar, admiten, en alguna parte de sus recorridos, no estar seguros que ello pueda precavernos contra nada. Pero ante el riesgo ineluctable que día a día los testigos, las víctimas de todas las ignominias desaparecen, repetir en una cinta sin fin la dura sinceridad de lo incommunicable, dónde y cuando ello se haya producido, es, para mí, una obligación prioritaria de la palabra.

Las incitaciones a dar vuelta la página son para los sobrevivientes un escándalo que ha llevado –y es una explicación posible– a algunos escritores mayores, frágiles tesoros de la historia contemporánea (la de la vergüenza) a quitarse la vida, la misma que con tanto celo habían mantenido con la sola esperanza de brindar testimonio, y pienso, por supuesto, en nombres inevitables como los de Bruno Bettelheim, Jean Amery y Primo Levi.

Las ritualizaciones amenazan con prevalecer sobre los hechos y las comparaciones pueden servir de excusas a los victimarios. También sabemos que la conmemoración suele constituir un despliegue favorito de los regímenes totalitarios. Desde pan y circo a los torsos inmarcesibles, perfectos, perpetrados por cadenciosos millares en los filmes documentales de Leni Riefensthal.

Por otra parte, decretar que un atentado es incomparable o inexplicable es sustraerlo arbitrariamente a todo debate racional y a todo acercamiento útil con el presente. En un país corprófilo, necrófilo y canibal los mártires pueden embrollarnos aún más las ideas y habría, por ahí, hasta que quitarlos del almanaque. Hemos sembrado en la Argentina durante estos últimos cincuenta años demasiados nazis de toda calaña para no pretender cosechar tempestades e inundaciones desmadradas. Otra vez el río.

En ese conflicto de deberes entre el olvido imposible y nuestro actual frenesí de liturgias históricas, qué hacer, con qué pinzas practicar la primer regla del acercamiento histórico, que es, según Michelet, la pérdida de respeto. Además hay que tener en cuenta que otros hechos, aún más multi-mediatizados, están haciendo cola para exigirnos su cuota de compasión.

Confieso que no sé que hacer con toda esta montaña de ceniza, de gritos, de insomnio y de oprobio que tengo para siempre atravesados en la garganta.

Estas líneas son mi manera minúscula y solitaria de encender mi vela de julio 18, que es el número de la vida, por los vestigios del mármol amarronado de la calle Pasteur al seiscientos, calle que fuera nombrada en honor de alguien que encontré, feliz de él, un antídoto contra la rabia.

Que las luces encendidas ese día nos esclarezcan en nuestras tareas y preserven del frío más glacial, el de las sombras. Amén.

París, 22.4.95



Sobre el lugar y el hombre

Rami Saari

*Cuando los perros de los vecinos bajan al patio
y los gatos se desbandan,
la nación está con el Golán
y yo con mi mal humor.
Aún tenemos nuestra tierra
de la cual formaremos parte.
Todas las tierras que no son nuestras
son pasturas de los rebaños de Dios.*

*Toma una piedra y ponla aquí.
Cualquier lugar es adecuado para una tumba.
Porque cuando llega la Grande, la Última, la
Esperada,
llega imprevistamente.*

(Trad. del autor)

*Israel, 1963. Ha publicado los poemarios **Mira, he encontrado mi casa** (1988) y **Hombres en la encrucijada** (1991). Es traductor al hebreo de castellano, griego, finés, turco y húngaro.*

Un ojo en el espejo

Silvia Plager

EN mi infancia los judíos éramos mayoría. No necesitaba apelar a estadísticas; tenía esa convicción que nace del orgullo: nosotros, los muchos; ellos, los pocos. Pobres, pensaba mientras asomaba mi torso al vacío desde el balcón de un primer piso, allá, en la calle Junín al cuatrocientos, allá, en los años cincuenta, allá donde todo era acá porque quedaba cerca: el colegio, el club, los tíos, los amigos, el cine, el mercadito...

Los días de feriado nacional tenían una sola ventaja sobre los de las festividades judías, aparecían en rojo en los almanaques. No había nada que envidiarles ni a los próceres ni a los santos; ellos figuraban con números contrastantes y con sus respecti-

vas leyendas, es verdad, pero estaban dibujados, mientras que los nuestros eran de carne y hueso. Fragantes, ampulosos, se anunciaban con mucha anterioridad y había que organizarse, Pesaj exigía una dedicación extra, pero todos, aun el respetado y temido Día del Perdón, poseía su cuota de exuberancia. Que me lo dijeran a mí, que desde las vísperas oteaba esquinas ajetreadas y aspiraba aromas a guefite fish, caldo de pollo, leicaj... Veía unos pocos chicos con guardapolvo y se me encogía el corazón. En sus casas no se escucharía el rítmico sonido de la cuchilla sobre la tabla de picar, y en vez de planchar manteles almidonados estarían planchando uniformes escolares. Los miraba cruzar la calle y podía entender la angustia del condenado

Argentina, 1942. Ha publicado los cuentos **Boca de tormenta** (1984) y las novelas **Amigas** (1982), **Prohibido despertar** (1983), **Alguien está mirando** (1986) y **Mujeres pudorosas** (1993), entre otras. Colabora en diarios y revistas argentinas.



rumbo al patíbulo. Es una injusticia, pensaba, y reprimía el impulso de correr a la escuela Presidente Quintana para comunicarle que tarde o temprano yo los reivindicaría. No por ser minoría debían sufrir desventajas. No señor. También me apenaba que en la hora de religión tuvieran que quedarse en el aula, puñadito de congojas, viéndonos salir, bulliciosos, a los corredores. Las clases de moral y religión acentuaban el desnivel numérico: era obvio que la moral era para los todos y la religión para los pocos. En nuestra familia no había religiosos de verdad. Pero yo los había visto desplazarse con grave compostura por Lavalle, Pasteur, Tucumán... Esos judíos practicaban la religión y gracias a que pertenecían a la mayoría se salvaban de las clases de religión. El mundo era más agradable para los muchos. Nosotros íbamos a Hebraica y comprábamos manjares en lo de losale y en Brusilovsky. A veces entraban los pocos y se les notaba el complejo en el balbuceo y la pronunciación. Por fortuna, en el almacén atendían personas amables que descifraban cualquier jeringoza. Decir beigalej, bursht, pletzalej, jreín, para nosotros era pan comido, para ellos, un trabalenguas. Así de desparejo era todo: a unos, lo fácil y a otros, lo difícil. Hasta en el cine Cataluña, que quedaba a la vuelta de casa, el desnivel era notorio. Bastaba con ver a las mamás que esperaban a la salida. ¿Quiénes eran las más? Las nuestras. ¿Quiénes llevábamos viandas para no desfallecer durante las tres películas? Nosotros. Los pocos también estaban, pero como camuflados, sólo algunos varones se hacían notar escupiendo semillas de mandarinas. Las nenas, así fuéramos de las pocas o de las muchas, nos fundíamos en una sola emoción cuando la pareja se besaba y la caballería llegaba para salvarlos. Estábamos con los buenos. Eramos los buenos. Las nenas del barrio no titubeábamos en apoyarlos. Y eso nos convertía en idénticas, aunque ellas, angelitos, no compartieran la dicha de ser judías. Las

mujeres éramos una mayoría dentro de la mayoría; mis tres hermanas, mamá y yo formábamos un quinteto poderoso. Papá, solitario viajante de comercio, aparecía y desaparecía. Los hombres tenían que abrir un negocio o poner una chapa en la puerta que dijera doctor. Mi papá era una excepción, pero igual formaba parte del pueblo elegido. Yo, Silvia Siderer, por carácter transitorio, era una elegida. Aunque eligiera mal, como decía mamá cuando revisaba la bolsa de los mandados. A veces me daba miedo eso de no saber elegir. Y si lo digo no es por alguna fruta podrida o una lechuga de hojas marchitas sino por mis abuelos, tíos y una prima que, por no saber elegir, habían sido asesinados en la guerra. ¿A quién se le ocurría elegir un país lejano donde vivía gente horrible? Felizmente Polonia quedaba en las fotos y Argentina en el Billiken y en la vereda. Desde la vereda veía pasar el tranvía. Por las ventanillas, brazos, caras y manos iban sumándose hasta formar una sola figura en la que el mal no tenía cabida.

En la primera etapa de mi niñez la brújula de los acontecimientos marcaba hacia Pueyrredón. En ese trayecto existían dos islas: la confitería El Comercial, y el bar León. En El Comercial, tío José, que además de ostentar en su blasón la estrella de David, poseía el título nobiliario de mozo, revoloteaba, elegantísimo, alrededor de actores de teatro judío que bebían té en vasos con asa metálica. En el bar León también se bebía té, pero en vez de mujeres de párpados anchos y boas de zorro, había señores que jugaban al dominó. ¿Podía hallarse en sitio alguno paisaje más seductor?

En la segunda parte de mi infancia, la brújula apuntó hacia el obelisco. Mi Eldorado, la avenida Corrientes, había levantado un nuevo altar de ofrendas. La exploradora avanzaba con firmeza. Una leyenda en la pared, "Haga patria mate un judío", hizo enloquecer la aguja del instrumento y ya ni el norte ni el

sur fueron puntos cardinales. Nació una nueva dirección que iba hacia adentro de uno mismo; ésa fue la culpable de que las fotos abandonaran sus cajas y Polonia se convirtiera en un país existente.

En la escuela secundaria, el apellido Siderer y el nombre del padre, Moisés, delimitaron una nueva frontera. Del lado de los Moisés estaban aquellos que habían sido quemados en los hornos nazis y los que, según la propuesta de la Organización Tacuara, debían morir para que la patria se hiciera. Nada que ver esa patria con la del himno a Sarmiento ni con Aurora ni con el Preámbulo de la Constitución ni con la Escuela Presidente Quintana, allá en Lavalle y Pasteur, allá en formen fila y tomen distancia. Ahora ni acá ni allá se podía marchar con la vista al frente porque había quienes querían que la tuviésemos gacha. Igual la alcé; la mayoría de los pocos la alzábamos. Y marché, "de frente, march'", hacia otras décadas.

Vivir, como ya lo dijera Rilke, no es fácil. Pero tampoco el amor lo es. Y los antepasados siguen estando como sangre que bulle y gesto que asciende. Israel se fue consolidando en el alma de cada judío y si bien sólo ahí se podía ser mayoría, esa noción de los muchos hacía soportable ser de los pocos.

En la manifestación que se realizó después de la primera bomba, los pocos y los muchos, al igual que en el tranvía, formábamos una sola figura y un mismo fervor. No cabían dudas: estábamos con los buenos.

Con la segunda bomba la vida se dividió en antes y después. La caja con las fotos de Polonia voló por el aire; también el espejo del enorme ropero en el que se miraba una nena se hizo trizas. Los muertos que habían elegido mal escaparon del marco de los sueños para escoltarme durante el día. Los escuchaba decir: "Esto pasa por no saber elegir". Ya no estaban ni el Comercial ni el bar León para buscar refugio. Y en la escuela Presidente Quintana los próceres de antes fruncían el ceño y apretaban los labios, a ellos sólo se los usaba para tener fines de semana largos; los próceres de ahora abrían sus bocas para decir palabras que, como los espejismos, se esfumaban.

Desde el 18 de julio de 1994 estoy juntando pedazos de espejo. Es inútil. Veo un brazo, un torso, una mano. No, no es el tranvía que pasa, y aunque pasara no se concretaría una figura armónica y acabada. El rompecabezas está incompleto, yace roto, igual que el espejo. Recojo una pequeña porción de cristal, en él hay un ojo. Sospecho que es el de la nena del primer piso, la que se había prometido a sí misma la reivindicación de la minoría que sufría el suplicio de ir al colegio en Rosh Hashaná y Iom Kipur. La pobre pasaba por la vereda de AMIA la mañana de la bomba, iba de la mano de su abuela, la de Polonia. Caminó sobre el espejo roto. Una astilla perfora la suela del zapato y se clava en la carne. Duele. Duele mucho. Pero no me la saco.

Buenos Aires, 14 de diciembre de 1994



El árbol de la estirpe humana

Isidoro Blaisten

TODAVIA no se habían apagado los ecos del Campeonato Mundial de Fútbol. Maradona decía que él no se había drogado y todos estábamos en un mundo de molicie, estridencia y ensueño, cuando sobrevino lo inenarrable. Inenarrable porque lisa y llanamente no se puede narrar. Lo que nunca debía haber ocurrido ocurrió, lo cierto resultaba inverosímil y la realidad superaba a lo posible. Entonces, lenta, insidiosamente, fue surgiendo la memoria, desde el fondo del olvido.

"La memoria, donde la tocan, duele", escribió Kadafis. Y uno va recordando. Recordé cuando murió mi madre, recordé cuando lo mataron a mi hermano. Cuando murió mi madre, yo tenía nueve años. Tenía once cuando lo mataron a Enrique. Fui el primero en saberlo. Recuerdo la casa donde vivíamos. Vivíamos en un departamento humilde de una casa muy vieja, con un largo pasillo y puertas laterales. Al entrar había un patiecito. La casa estaba en la calle Lavalle 4531. La calle que, curiosamente, ahora se llama Estado de Israel. Era antes del mediodía

y golpearon a la puerta (no había timbre). Yo fui a abrir. Lo primero que vi, casi a la altura de mis ojos, fue una cartuchera de cuero negro y un cinturón negro y una tela de paño azul, y después vi que era un oficial de policía.

—Pibe, ¿qué tenés que ver vos con Enrique Blaisten?

—Es mi hermano.

—Está muerto.

Después vino lo que yo describí en *Anticonferencias*: "El 15 de agosto de 1945 lo mataron a mi hermano Enrique. Recuerdo el orificio en el pómulos izquierdo, recuerdo los espejos tapados con sábanas y los discursos desde la garita del vigilante que estaba en Angel Gallardo y Corrientes. Recuerdo que habló Leónidas Barletta y que tiraron volantes. Recuerdo uno de los volantes: 'Enrique Blaisten, muerto por los nazis en el Día de la Paz'."

Esa misma sensación volví a revivirla ese lunes, el 18 de julio de 1994. Me llamaron del diario *Clarín* para que emitiera una

Concordia, Argentina, 1933. Entre sus libros figuran: *La felicidad* (1969), *La salvación* (1971), *El mazo* (1971), *Dublin al sur* (1980), *Carroza y reina* (1986), *Al acecho* (1995), cuentos; y *Anticonferencias* (1983), ensayos. Es colaborador permanente de los diarios *La Nación* y *Clarín*.

reflexión; me llamó Bernardo Neustadt; me llamó Carlos Varela; me llamaron de Londres, de la BBC. Yo no podía reflexionar, no podía juntar dos palabras coherentes. Lisa y llanamente estaba de duelo. Eso fue lo que dije y todos me comprendieron. Aunque del otro lado, no faltó quien me recriminó: estaba desaprovechando la oportunidad de "salir" en los más importantes "medios".

Días después, caía una lluvia tenaz en el acto de la Plaza de los Dos Congresos. Entre el silencio acongojado de la multitud. Graciela y yo caminábamos en silencio tratando de llegar hasta el palco oficial, cuando de improviso vi a una chica a mi lado con un micrófono en la mano y detrás de ella alguien con una cámara de televisión. La chica me dijo que era de no sé qué noticioso y me pidió una reflexión. Entonces, no sé por qué, me surgió esa frase, ese verso de Girri: "El árbol de la estirpe humana". Le dije que se había atentado contra "el árbol de la estirpe humana".

Después volvimos a casa. Esa frase me perseguía. Busqué los libros de Girri. Abrí el primero, al azar. El libro se llama *Playa sola*; el primer poema se llama "El testigo". Leí:

"Hay respuestas, condenas, hay nacimientos
y heridas de clavos que algo significan.
Mas ni eso, ni la elevación del cáliz encendido
muerte y muerte del hombre por el hombre,
anuncian paz.
Como puede verse,
en el hospital terrestre las consignas son crueles
y la más cruel, la más extensa,
ordena convertir el grito en injuria desolada."

Supe entonces que nunca nadie iba a poder destruirnos.



Samovar en casa provinciana

Tununa Mercado

Para Orfilia

La primera vez que oí una sentencia antisemita fue cuando yo tenía unos siete u ocho años. Alguien dijo en mi casa, y he preferido creer que no fue nadie de mi familia, una frase: "los judíos escupen". Ahora me esfuerzo para saber de qué manera esas palabras entraron en mí y cuáles fueron las transformaciones que produjeron. Porque esa frase no era una frase cualquiera, y para grabarse debe haber tenido que producir desplazamientos en mi estructura, más aún, debe haber tenido modificado sustancialmente mi relación con el mundo, cuyas fronteras eran muy cercanas, la casa, el barrio, la escuela. Todo fue diferente a partir de entonces. Mi registro de la realidad quedó marcado por un dato distintivo inverificable, un atributo cuyas connotaciones peyorativas estaban precisamente en que un sector de la humanidad, o de la parcela de humanidad que me tocaba vivir, escupía. Escupía como el resto de los mortales o escupía más, o escupía de otra manera, o

escupía apartándose de las normas, o escupía fuera de los lugares en los que se tenía que escupir. No lo sabía, pero la sentencia me llevó a ver quiénes eran los judíos, y ése fue el primer efecto concreto de una afirmación emitida sin ningún sentido de la responsabilidad sobre los daños que ocasionaba. Hasta ese momento yo sólo había visto personas y había percibido, acaso, que existía gente que hablaba con algún acento y aun que hablaba otra lengua, pero no se me había dicho que, siendo humanos, podían tener un atributo que los diferenciara negativamente del resto de los demás.

La aseveración encontró un lugar en mí y si desplazó las certezas que hasta ese momento me configuraban como sujeto, debió constituir otras, que sólo ahora, mientras escribo esto, trato de sondear en mi historia personal. Era el final de la guerra, mis padres eran aliadófilos, demócratas, librepensadores y opositores al régimen de Perón. Mi madre formaba parte del Mo-

Córdoba, Argentina, 1939. Ha publicado los libros *Celebrar a la mujer como una pascua* (1967), *Canon de alcoba* (1988), *En estado de memoria* (1990). Junto con su marido, el novelista y crítico Noé Jitrik, vivió exilado en México desde 1974 hasta 1987.

vimiento Pro Paz, cuyo emblema era la paloma de Picasso. En un cajón del escritorio había una caja llena de esas palomitas como alfileres de corbata, prendedores o botones para la solapa. Había material impreso y un libro con fotografías de los campos de concentración alemanes, cuyas imágenes permanecieron años en los repliegues de mi memoria esperando el momento en que yo los dejara salir en el ejercicio de la escritura. La escritura es una de las formas más extremas de la conciencia porque es rastreo, develamiento, búsqueda de la imagen corroída y confusa que se despliega sobre un trasfondo y que sólo emerge cuando se la subleva, cuando se altera su estática, es decir cuando se la escribe. El horror, entonces, estaba ya presente y estaba escrito; se sabía quiénes eran los victimarios y quiénes las víctimas, y frente a eso había una posición e incluso una pedagogía, cuyos resultados, si bien no eran muy explícitos, formaban parte ya de un depósito de valores en el que predominaba el bien, la justicia, la libertad.

Esa "pedagogía" antirracista no carecía de humor, condición difícil de deslindar si no se tenía el oído fino. En esa casa provinciana había mucha gente: el servicio doméstico provenía de una zona periférica del barrio, y era por lo general una familia en la que mujer y hombre y eventualmente una hija mayor cubrían las necesidades de la casa: cuidado de niños, de ropa, de jardín, etc. Una de esas **doñas**, criolla, morena, estaba casada con un brasileño negro, con buenos dientes blancos, espesa mota y buena osamenta. Tenían una niña negra, con el blanco del ojo más blanco que yo haya visto nunca. Esa niña solía venir a jugar y decían en mi casa que era hermana de leche de mi hermano menor. Su madre había amamantado a mi hermano, era por lo tanto su madre de leche, o ama de leche, o nodriza, como quiera que se llame esa función que vino a traer mucha incertidumbre a la niña que yo era entonces. De hecho, los míos

eran y son todos morenos, pero el más negro era mi hermano. La broma consistía justamente en dejar flotar en el aire que esa negrita era verdaderamente su hermana, nada más, decían, que para hacerlo enojar. Lo cierto es que el juego, bastante arriesgado, terminaba bien, pero, de hecho, tenía todos los equívocos de un chiste que no por su inocente humor, que implicaba al conjunto familiar por ser todos morenos y en particular a mi padre, a quien le decían "el Negro Mercado", dejaba de tener una secreta e imponderable malicia.

Recuerdo una muñeca negra, con ojos azules, que vino a sumarse a mis juegos. Ninguna niña quería jugar con esa muñeca. Y casi podría decir con seguridad que fue en ese momento que la culpa y la compasión se mezclaron para neutralizar el malestar que esa negativa me producía. Los sentimientos confusos no cesaron. En esos despertares de la conciencia, una vez mi madre me hizo un disfraz de negrita para el carnaval, me tiñó con un betún el cuerpo y me dividió el pelo en infinidad de trencitas atadas con cintas y moños rojos. Cuando me vi en el espejo, con el blanco del ojo tan blanco como la de la hermana de leche de mi hermano —y por lo tanto hermana de leche también mía por parentesco— me eché a llorar desconsoladamente y me negué al disfraz. Negarme no fue un sentimiento claro, porque irremediamente volvió a aparecer la culpa piadosa, señal de que en algún sitio de mi persona algo había sido dañado.

Y en este asunto de los negros o de los judíos había también otra aseveración segregatoria: los negros olían a catina y los judíos olían a pecas. Cuán negro había que ser para oler a catina, no lo sé, lo cierto es que muchas veces olía las manos de mi tía más morocha y sólo sentía olor a ajo, pero de todos modos sabían que no eran esos los negros que olían, sino los verdaderamente negros. Y tampoco encontré un olor singular cuando olí a la niña judía Haydée Lips, que se sentaba en el

pupitre de adelante, o a la niña Hilda Moscovsky que se sentaba en el de atrás, ni más atrás a la niña Olga Oktisiuk —Lips, Mercado, Moscovsky, Oktisiuk en la lista—. Esta operación de olfateo nunca necesitó ser flagrante, pues estábamos siempre muy juntas, salvo cuando ellas tenían que salirse de la clase de religión para ir a la de moral, una aberración pedagógica racista en nuestras escuelas de entonces que, dicho sea de paso, no ha sido lo suficientemente analizada.

Muy poco tiempo después comenzó mi idealización de los judíos. Tenía dos amigas en el barrio. Una de ellas, Dora Soria Povarchik, era hija de madre judía y padre republicano español. La abuela rusa llevaba el clásico pañuelo en la cabeza y venía casi todas las tardes a la casa de mi amiga. En esa casa había libros y discos, y mi amiga y yo jugábamos a ser niñas cultas. Ella tenía una fuerte razón: su abuela era hermana nada menos que de Jascha Heifetz. Nos sentábamos a oír ese violín y creíamos tocar lo más excelso del espíritu humano; ese violín nos cortaba el alma con su filo y esas congojas se parecían a la belleza o acaso eran la belleza. La otra amiga, Diana Blumenfeld, tenía una abuela materna rusa y un padre rumano y en su casa una vez el tío Schojed tocó unos acordes de la obertura de *Aída* que me apretaron el corazón. La iniciación a la música estaba allí, en esas casas de inmigrantes rusos y, por lo tanto, allí estaba la cultura y la inteligencia. En las dos casas reinaba en buen sitio un samovar y de sólo verlo, apagado y silencioso, testigo de tertulias perdidas en el tiempo, se oían sonar los triángulos de la Gran Pascua Rusa con fondo de cúpulas redondas y henchidas. Para mí lo máximo era ser ruso, y esa gente eran de alguna manera rusos. Yo tardaría aún mucho tiempo en entender que no había tal Madre Rusia para esos inmigrantes judíos.

Tan rusa era que jugaba a llamarme Mercadoskievna y me imaginaba unida a un músico cuyo nombre sonara como Glinka

y me atraían las estepas y más tarde también me dejaría llevar por la Revolución Rusa, hasta hoy, si se me permite. Esta idealización, justificada por razones de peso, también suscitaba bromas entre los míos. Unas tías chispeantes, que venían con mi abuela materna todos los domingos a almorzar, se juntaban con mi madre alrededor de una mesa e invocaban a los espíritus. Los muertos, a través de una copa que se deslizaba por un cartón con abecedario y números, escribían sus nombres y ambiguamente situaban los sitios desde donde hablaban. Una vez le preguntaron a una de esas almas vagabundas con quién me iba a casar yo y ella contestó: "Con I.R., artista" y todo el mundo se solazó lanzando hipótesis de nombres: Isaac Roitman, Ismael Reznik, y otras declinaciones de nombres judíos. El tono era burlón, pero no me molestaba, porque secretamente se confirmaba en mí un tipo de deseo que reunía un haz de sentidos y, de alguna manera, también una idea del mundo, que por entonces estaba muy lejos de entender. Por de pronto, había unos perseguidos o unas víctimas en cuya vereda había que situarse, el destierro aparecía como la condición del rigor en la belleza y en el arte, el extranjero era visto como un profeta; sólo desde la poesía, que es el mayor destierro humano posible, se podía subvertir y conmover el orden, y ésa era también la mayor revolución.

Tal vez sólo si se vive el estado de "diferencia" que significa el exilio se pueda comprender la suma de los otros exilios que crean las discriminaciones por etnia, nación, color, sexo, opción sexual, o, en un extremo, por reinos o especies. La escritura, el exilio de la escritura, es una exploración que ignora los resquicios en los que habrá de entrar y las trampas que le tenderá el simple trazo sobre el papel; avanza como inmigrante en país ajeno. Una imagen abre sus puertas y la deja pasar. La escritura rastrea ese territorio, avanza con sus linternas y, de pronto, cae en una emboscada.



Antes del cambio

Mario Goloboff

DEBERIAMOS tomar cierta distancia, ir más atrás. No es lo que más nos sobra: el espacio. Pero sería la única forma de hacerlo valer. Y si supusiéramos otro tiempo, otra historia, él se valorizaría, se sentiría más vivo, más incansablemente duradero. Todo ello, claro, para no comenzar a morir, porque la muerte es demasiado larga. Es, casi, interminable: "sin cesar hablo de la muerte, y no muero sin embargo".

Observar, además, este espacio como una hendidura colocada detrás del único que fue verdadero. Y en la tarea de construir la mirilla que nos justifique, en la simulación de ir gestando al otro —el que no necesita que se lo geste—, creer que partimos

de algo, creer que llegamos a algo. Sólo llegamos a él, sólo llegaremos a él.

Por eso, no ya **salir**, como del vientre de una mujer: sucio, grasiento, resbaladizo (y, no obstante, "naciente"). No ya **crear**, sino darse pie en lo que el otro marchó, simulando a la vez que se **da**: ¿preámbulo, justificación, origen? Qué **damos**. Lo que nunca pidió: "mi vida es la vacilación ante el nacimiento".

Ni horrible, ni hermoso: legítimo: reescribir desde antes el texto, con lo que sabemos que fue, para que sea lo nuevo y lo que nunca pudo haber sido, y para que valga por lo que sí fue; para que, por el otro, valga.

Argentino. Enseña literatura hispanoamericana en la Universidad de París X. Ha publicado *Entre la diáspora y octubre* (poesía, 1966); las novelas *Caballo por el fondo de los ojos* (1976), *Criador de palomas* (1984), *La luna que cae* (1989), *El soñador de Smith* (1990), *Comuna verdad* (1995) y entre sus numerosos ensayos de crítica literaria, el volumen *Leer Borges* (1978).



(Haber recibido tanto de él y, entre tanto, este deber de espacializar, de estirar los grafismos hasta tocar lo que tuvo detrás).

Una solidaridad imperfecta e inútil, porque él es ya **su** espacio, y nosotros vagamos, rutinariamente, alrededor de un alfabeto negado.

"Aquél que no puede arreglárselas con la vida mientras vive, necesita una de sus manos para defenderse un poco de la desesperación acerca de su destino..., pero con la otra mano puede dejar constancia, **registrar** lo que ve bajo los escombros, pues él ve otras cosas y más cosas que los otros, ya que está muerto en vida y es así el verdadero sobreviviente".

La distancia, con él, disminuye. Pero este acercamiento, lejos de ser una ventaja, es un mayor riesgo: todo se torna tan próximo y tan oscuro como lo que fue para él. Desde aquí es igualmente imposible cualquier visión; en este ángulo exacto nada despide la línea, no hay garantías, podemos ser cazados en cualquier momento: "para el sospechoso, el movimiento es mejor que la quietud, pues quien se mantiene quieto puede hallarse siempre, sin saberlo, sobre el platillo de una balanza y podrán así pesarlo junto con sus pecados".

Lo sabemos. Por eso de un modo, de cualquier modo, hay que intentar el esbozo de un ritmo, aunque sea el menos perceptible, el que menos nos asegure la salvación de la cacería, pero también el que más nos aleje, introduciéndonos en los movimientos del sospechoso, el que sólo escribe. Y relatar, por ejemplo, cómo fue aquel sueño. ¿Recordaremos? "Su sueño no había sido tranquilo...".

De pronto, quedo en medio de la oscuridad, parece que algo ha escapado, como si lo que hasta ahora soñé no tuviera ninguna

importancia y sí, únicamente, lo que estuve a punto de soñar, lo que casi atrapé, lo que intuí y escapó injustamente. Entonces creo que estoy casi despierto, voy a tocar el interruptor de la lámpara de pie, pero la mano no alcanza a ejecutar el acto que le ordeno (es cierto: sin demasiada fuerza) y acaso por eso ni se desplaza del costado del cuerpo, hasta que ella misma desaparece con todo lo que de ausente podía sobrellevar aquella mano sin energía. Estoy de nuevo en la espiral abandonada, en el caracol que se va ablandando a medida que ingreso a sus aguas, en el mareo de la navegación en balsa, hasta que los remos mueven lo que ya no se mueve, y me agacho, recojo, me ensimismo, dejo de ser, aún así, el que ordenaba sin demasiada fuerza en la disposición de la mano, de la lámpara de pie, del interruptor, soy nada en nada, protegido, cada vez más sumiso a las sábanas calientes y al silencio. Creo que me deslizo de un parapeto que, aunque alejado, me llevó, y provocho una pierna para evitar su contacto, pero todo se mueve inútilmente en el vacío del sueño hacia una caja sin fondo. Allí aparecen los edictos, las letras informes sobre los cartelones chamuscados (sí, podría precisarlo: quemados, tomados por el fuego en partes bien apreciables), a los que leen ancianos cubiertos con levitones. No estoy en ningún lugar, pero quizá más cerca de los viejos que de los paseantes, porque también hay paseantes, ajenos, fuera casi del escenario. Hay que irse, me empuja una mujer que cubre su cabeza con un grueso pañuelo a cuadros, hay que salir, me mira con sus ojos de foto infantil, vamos, rápido.

Siente que el brazo ha quedado apresado bajo el cuerpo, intenta levantarlo, es un mundo muerto que sin embargo molesta, cuesta un esfuerzo inmenso, ya sale, ya descansa. No, no quiere volver. Pero hay algo que no se soñó todavía y que

atrae como una dulzura corpórea, algo que parece anunciarse en la carne muda, algo que tendrá que soñarse y volver a soñarse en centenares de sueños. Algo que una vez soñado no se podrá olvidar porque pesará como la mano del mundo, como el mundo muerto que pesa en su mano. El es el elegido, el primero. ¿A qué precio?

Un precio muy grande, sí. ¡Oh! O tal vez no. ¿Qué es un cuerpo, después de todo, si queda a salvo la inteligencia? ¿Que toda comunicación se pierde, que toda fraternidad, que toda esperanza? Vamos... ¿cuánto existió para él?

Dejarse llevar, siendo así, por lo que parece asumir la pomposidad de un destino. En él, en su cuerpo liviano que arrastra el oscuro peso de un sueño. Un sueño que vaga hacia abajo del tercer escritorio del cuarto piso de Assicurazioni Generali y allí tropieza con el cesto de papeles, pero no puede subir porque ve, vigilante, esperándolo, la mirada del Encargado de Siniestros Marítimos de la Compañía, y entonces el mejor lugar será el escritorio, la silla, escribir.

O viajar... Colinas verdes (¿cuándo tanta lluvia?), campos sembrados, realmente, paradójicamente, hermosos. Y bien visibles a través de la mirilla del vagón, porque alguien allá, frente a los carteles, empujaba hacia los vagones mientras murmuraba palabras inconexas y arrastraba por detrás y por delante a las piernas que no querían. Adentro falta el aire (no fabriquemos imágenes: es escaso), pero no puedo preguntar a nadie por qué. Todos están pacíficamente sentados, salvo una molesta chiquilla que presiona contra mis piernas, acaso queriendo que la alce. Intento hacerlo aunque ella crece hasta mí, sus ojos me miran serenamente, es Grete, ahora ríe. Cómo has crecido, querida, con tus débiles quince años, pero así y todo cómo pretender que sea yo el que te alce, tan luego yo. Cómo están los padres,

qué es de aquella antigua dolencia de mamá, ¿por lo menos a ella la han dejado tranquila?, papá no es de preocupar, tiene su buena fuerza, lo sabemos; Grete, es Grete quien me preocupa, tan pequeña, tan solícita, inocente, en medio de tamaño tembladeral. Pero Grete, ¿supone acaso qué pasa? No sabe, deletrea ella buscando las palabras más adecuadas para no herirme y, al fin, parece que quiere decir algo exacto, pero no, no es exactamente eso, Grete, qué chiquilla, no es que estemos "apretados", esa es la situación, sí, pero hay algo más, algo anterior, esto es lo anecdótico, el hecho físico, pero ¿por qué? Ella no sabe decirlo; mejor, es mejor que lo ignore.

Sí, lo recuerdo: "su sueño no había sido tranquilo...". 1915, pudimos decir. Era, no hay duda, otra guerra. Por ésta pasarán naves todavía más tremendas, llevarán hermanos, y todo durará mucho, mucho, hasta que nos sepulten en tierra infinita. No pretendas que te lo explique. Ni siquiera esta solidaridad, la de tu compañía, puede obligarme. Me excuso: lo veo todo agolpado, tal vez sea esta marcha del tren, tan desesperada, o mi incomodidad, o el silencio que nos rodea.

Es que el espacio se recorre en instantes: se dice por eso que es irreal, ya que cabe en un solo recuerdo por más amplio que sea. O en un solo presagio.

A ella no la obligo; no tiene necesidad de vivir, segundo a segundo, esta tormenta y las otras que sobrevendrán hasta el fin que no existe. Tengo más importantes tareas que cumplir: recoger los anteojos de madre, separar tu propio pelo suelto, buscar nuestra casa (que supongo hallaré, mi empecinamiento es bien conocido). Aun entre techos alambrados y pozos humeantes y calles pegajosas de hostilidad, sabré verla. Así como veo tus ojos, mi marca en la frente, la estrella en el saco, el libro que me arrebatan. No te desconsueles. De tanto ver, creo

que despertaré pronto. "Cierto que hoy me encuentro en un grave aprieto. Pero trabajando sabré salir de él".

Debo trabajar.

Debo hacerlo: predisponer esa página en blanco, la única, la incambiable, la que contiene todo el terror y el placer del terror. Salir de la noche y del sueño, para recostarme sobre la única sábana en la que soñar es hundir garabatos, sombras que voltean, diafragmas incontenibles. A cada suspiro, a cada trazo, caminos que se superponen para, finalmente, decidir. Cubrir esa página blanca más difícilmente que en un sueño, como si fuera en un sueño (se sabe lo enemigo que soy de las metáforas transparentes y equívocas).

Porque todo este sueño será voluntario, y se inscribirá en la página lo que viene de él, más ingenuamente, lo que al sueño irá, marcado por mi nombre, el que nunca pude pronunciar cla-

ramente. Por eso escribir —tal vez nada más por eso— escribir para poder pronunciar un nombre, que ya no será pronunciado sino dibujado, en esa aglomeración de emblemas por la que pasearán las miradas: indecisas, ubicuas, febriles.

El primer trazo será irreparable. Y todo lo que con él sobrevenga: la manta, la ceniza que cubrirá la luz, la oscuridad de la noche que está antes del primer trazo (y que se recuperará, no lo dudes). Yo ya no sé quién vence, pero mi torpe necesidad, mi capricho acaso, me dirige, me empuja, oh qué indigna manera de decirlo, hacia su desnudez.

Es necesario cubrirla, se hace más necesario que nunca cubrir esa visión pura que de ella tengo; la visión incontaminada, la que me hace temblar.

¿Ya es hora de que comience?" Als Gregor Samsa eines Morgens aus unruhigen Träumen erwachte, fand er sich in seinem Bett zu einem...".



18 de julio: Dos momentos

Ricardo Feierstein

Uno: Sentir

mirá que hay que ser zonzo.

*meterse esa tristeza entre los ojos
y después no saber qué hacer con ella
quedó enredada en párpados y pliegues
es inútil frotarla con las manos.*

*mirá que hay que ser zonzo
tener así encajada la tristeza.*

ESCRIBI ese poema a los veinte años, en la soledad de una habitación de joven tímido. No pude suponer que, tantos años después, expresaría mejor que el ensayo más documentado mi grito de dolor por el día 18 de julio de 1994.

Resulta muy difícil **sentir** y **pensar** al mismo tiempo. Quizá nunca como antes, invade al escritor el recurrente sentimiento de inutilidad del lenguaje. La sabiduría intelectual no alcanza para soportar el crimen con paciencia.

El sentimiento de duelo y espanto debe transitarse a las intemperie, sobre el abismo de la nada y el vacío más incomprensibles.

Todos volvemos al niño que llevamos dentro: no podemos "entender" este sufrimiento. Nuestra capacidad de reflexión es inversamente proporcional al sentir de la pena, al dolor.

Argentina, 1942. Narrador, poeta, ensayista y periodista. Ha publicado **Cuentos para hombres solos**; la trilogía de novelas **Sinfonía inocente** (*El caramelo descompuesto*, *Entre la izquierda y la pared*; *Escala uno en cincuenta*); la novela **Mestizo** (1983). Dirige la Editorial Milá de AMIA.



Sólo atinamos al llanto, pero la representación de esa turbación es endeble, dispersa.

El dolor adulto, luego, es asociativo. Se encadena a otros dolores, produce circuitos que permiten desatarse, zafar de la inmovilidad.

El tiempo hace su trabajo, restituye el pensamiento: cicatriza, trata de entender, ordena reflexiones.

Como soñadores activos, cubrimos con las redes del lenguaje –vida a la segunda potencia, sustituta de la experiencia real– las heridas de la vigilia.

La manera adulta de enfrentar el mal es comunicarse. Protagonizar con los otros una reacción comunitaria, retomando esa memoria que quiso ser borrada de la realidad cotidiana.

El objetivo de este terrorismo inhumano es la paralización del otro, para su destrucción. Con todas sus desconfianzas y limitaciones, el verbo ayuda a sublimar el dolor y abre caminos para la acción.

Con las palabras como instrumento, hay que volver a las cosas.

Encarnar el verbo, como en la canción de esos pioneros que anticiparon el “mayo francés” del ’68 y el hoy cuestionado rincón de la utopía: **Construir y reconstruir(se)**.

Dos: Pensar

Una situación-límite como la vivida en las últimas semanas permite emerger lo mejor y lo peor. De cada individuo y, por analogía, de la sociedad en la que está inmerso. Verdad conocida, no por ello menos reveladora.

Así, junto a conmovedores mensajes y acciones de solidaridad concreta –del hombre de la calle, de instituciones humanitarias, de humildes bomberos o adolescentes sensibles que arriesgan su vida y futuro por un prójimo necesitado– han surgido a la luz, también, los gérmenes de un prejuicio que se creía desterrado con la llegada de la democracia, un autoritarismo que parece haber calado más profundo de lo imaginado en algunos sectores concretos.

Desde el miedo (lógico, humano, que todos compartimos) de padres y docentes –judíos y no judíos– por una posible reiteración de estos trágicos atentados, se ha avanzado hacia la expresión más cruda de esa enfermedad antijudaica que permanece, en estado larval, esperando que suba la “temperatura del cuerpo social” para hacerse ver.

Puede ser el “comunicador televisivo” Bernardo Neudstadt que reflexiona, con la sibilina confusión que caracteriza sus “frasecitas”, sobre si no sería conveniente atender la sugerencia de mudar la AMIA hacia Puerto Madero (un sector de la ciudad donde podrían matarse judíos sin molestar al resto de los ciudadanos). O bien, en la pirieta dialéctica de un periodista carapintado (“hijo de Neustadt” como lo llamara Fito Páez) que afirma en su programa: “El presidente Menem ya pidió perdón por el atentado. Ahora faltan otros dos perdones: el de la comunidad judía –que, por estar dolida y enterrando a sus muertos, puede excusarse– y el del Estado de Israel, los otros responsables de este acto terrorista” (sic). Sin duda, en la época de Goebbels este muchacho hubiera hecho brillante carrera. Se sabe: los culpables de los atentados antijudíos con los propios judíos, como afirmaba muy seriamente el aparato de propaganda hitlerista.

Quizás por estas y otras anécdotas es que he escuchado a decenas de argentinos preguntarse, después del trágico

atentado del lunes 18 de julio: *¿Dónde estamos viviendo? ¿Cómo es posible hablar de víctimas "judías" e "inocentes"? ¿Cómo el presidente Menem presenta sus "condolencias" a Israel, por un ataque contra ciudadanos argentinos en pleno centro de Buenos Aires? ¿Es todavía admisible – cuando acaban de cumplirse cien años de presencia institucional judeoargentina– la confusión entre "nosotros y los otros", "judíos e israelíes", "extranjeros y no extranjeros" ciudadanos del mismo país?*

Las dos Argentinas

La Argentina actual se define como pluralista y multicultural, configuración que adquiere desde mediados del siglo pasado por una política de fronteras abiertas a la inmigración, **idea-fuerza** que posibilitó poblar y desarrollar grandes extensiones de un país rico y casi deshabitado.

Escenario de una confluencia de etnias, religiones y culturas, la "riqueza humana" de los argentinos reconoce, además de las facilidades de la tierra y el clima, las bondades de la mezcla, que han creado una identidad única y, quizá, privilegiada.

Somos protagonistas de un mestizaje cultural creativo y enriquecedor, naturalmente integrado en una experiencia única que araña los límites de la utopía: acumular sin perder particularidad. Ser plurales y, a la vez, rigurosamente contemporáneos.

Pero existe, también, una historia negra: la del prejuicio y la intolerancia, cuyo recorrido está puntuado por una larga serie de actos y declaraciones. Desde el ataque a judíos en 1909, el pogrom de la Semana Trágica de 1919, las fuerzas filofas-

cistas del golpe de estado de 1930 y los años posteriores; la permisividad para el ingreso de centenares, quizás miles, de criminales de guerra nazis al país, hasta las compañías antisemitas de Tacuara y Guardia Restauradora Nacionalista en los años '60, el especial ensañamiento contra disidentes de origen judío durante la dictadura militar, los ataques a la "sinagoga radical" de Alfonsín...

El atentado contra la AMIA parece haber sido concebido desde el exterior (fundamentalistas islámicos, iraníes o libaneses). Pero es prácticamente imposible de ser realizado –tal como sucedió algo más de dos años atrás, en el ataque a la embajada israelí en Buenos Aires– sin una red de apoyo argentina que proveyera logística, inteligencia, contactos, operativos de distracción, lugares para depositar explosivos o armar vehículos... Y no hace falta demasiada imaginación para percibir el accionar de esta red antijudía –invisible a veces, notoria otras– capaz, como lo ha sido en el pasado, de las peores atrocidades.

Hubo y hay dos Argentinas, aunque cueste admitirlo. La primera es mayoritaria, democrática, mestiza e integradora. La segunda es de corte reaccionario e integrista, autoritaria, fanática.

País dual en sus expresiones políticas y culturales, una parte de él todavía señala al "otro" como distinto y hasta enemigo.

¿Esta Argentina es la que vivimos y soñamos o nos lo han cambiado? ¿La integración ejemplarizadora de una de las sociedades más libres y abiertas del mundo moderno fue realidad, ilusión, pesadilla?...

Sería más realista admitir la caída del ideal que asegura –para tranquilidad de las buenas conciencias– el triunfo inevitable del pluralismo mayoritario contra el integrismo fundamentalista. Habrá que acostumbrarse a convivir con el mal.

En el plano de la política internacional, si es posible elevar por un momento la mirada fija en las incertidumbres y el dolor actuales, parece haberse iniciado la fase operativa de una guerra no declarada entre el mundo occidental (judeo-cristiano) y el fundamentalismo islámico, con base en Irán e influencias en varios países de Asia, Africa y Medio Oriente (los asesinatos indiscriminados de extranjeros a manos de integristas en Argelia o los turistas masacrados en Egipto son señales del tipo de combate que se espera).

El sistema bipolar Este-Oeste, vigente durante décadas, ha registrado un enorme cambio desde la caída del muro de Berlín. **Hoy vivimos en un mundo sin dos polos claramente opuestos, que convive con una organización económica también distinta: las teorías keynesianas han dejado su lugar a empresas altamente mecanizadas y un paisaje de masivo desempleo.** En este capitalismo salvaje, con su secuela inevitable de marginados del mercado y parias de la sociedad, resurgen los movimientos religiosos más toscos y fundamentalistas para proponerles una identidad posible a estas masas desplazadas.

Esta reorganización sobre bases religiosas —que reemplaza agresivamente las antiguas opciones ideológicas— lleva a una balcanización de las sociedades posmodernas, corroídas por enfrentamientos internos. En lugar del *melting pot*, la mezcla integradora de etnias y culturas, pretende imponerse la yuxtaposición —y lucha a muerte— entre grupos homogéneos, con base religiosa y en continua rivalidad, sin alternativas de coexistir pacíficamente. La apuesta es a todo o nada.

Trasladado a nuestro país, este conflicto se relativiza y transforma en una contradicción quizá local, pero no menos trascendente: **la Argentina deberá optar entre la profundización del mestizaje cultural y el pluralismo integrador que le permitió crecer y afianzarse en el mundo; o bien la caída en una pretensión de homogeneidad fundamentalista, prólogo de una ruta sin destino que, en países como la ex-Yugoslavia, expresa con horror y desgarramiento la elección de la muerte.**

Convivir entre iguales, respetando las diferencias, o matarse entre hermanos hasta desaparecer. Para ese dilema —ya presente en todo el orbe— no hacen falta algunos "defensores" que supimos agenciarnos por contactos televisivos. Allá ellos con su ignorancia y sus prejuicios.

Recluir a los judíos argentinos en guetos es el objetivo segundo (y más importante) de la bomba asesina. La aparente seguridad que brindarían un espacio delimitado y una guardia de seguridad propia no hacen sino repetir, ciegamente, la historia de reclusión y aislamiento de los guetos europeos, primera fase de la experiencia destructora del nazismo.

La seguridad pública debe ser exigida al gobierno nacional, sin entrar en el juego de "supersecretarías" pensadas para reprimir eclosiones sociales internas, frente al agotamiento del plan económico y los (aún más) duros años de recesión y desocupación que se avecinan.

El antisemitismo no es un problema judío. Es un problema argentino. Aunque afecta especialmente a esta comunidad laboriosa e integrada, deberá ser enfrentado, en bloque, por aquellos ciudadanos que pretenden una Argentina pluralista. Por todos los que formamos el país mayoritario, ese que a veces demora en expresarse, pero que constituye el corazón de la esperanza.



Crónica de una muerte no anunciada

Nora Nadrir

...cruento atentado a una entidad judía...

—¡Más fuerte, por favor!

El taxista sube apenas el volumen.

...la calle Pasteur... podría tratarse de una autobomba porque el edificio fue demolido... La noticia me derrumba los esquemas que me tracé para hoy. En un segundo se dio vuelta el mapa y no cuenta otra cosa que ese agujero negro en el barrio de Once.

—En vez de ir hasta Paraguay, déjeme por Viamonte y Uriburu— le ordenó con una convicción que me nace en la sustancia gris del estómago. No le resulta fácil doblar, ni seguir por Callao. Desviaron el tránsito y estamos atascados entre bocinas y si-

renas. No escuché si fue en la Hebraica o en la AMIA, quién sabe si dijeron Lavalle y Pasteur o simplemente Pasteur. *Hay seguramente muchos desaparecidos entre los escombros...* más bien estacionamos en una película, debe ser eso y el cine rara vez da todas las pistas, cosa de crear suspenso. Sólo que acá no hay suspenso, el final pasó cuando uno estaba apenas entrando en puntas de pie por el pasillo, no hay tiempo ni para ver a los protagonistas perfilarse en la pantalla por la hora que dura su vida antes de terminar atrapada por la tragedia, imposible acomodarse en la butaca para secarse las lágrimas. Es la bronca la que se pone de pie y quiere gritar esto no puede ser, así no vale, pero quién va a levantar la voz si estamos todos

*Pseudónimo de Nora Strejilevich, escritora e investigadora argentina residente en Canadá. Es autora de **Una versión de mí misma** (1986), **Memorial** (1984) traducido al inglés: **A Version of Myself** y **Una sola muerte numerosa** (en prensa).*



en nuestro asiento como corresponde, qué van a decir los demás fijate esa loca pegando alaridos en medio de la función. *El atentado sólo puede ser comparado con la voladura de la representación diplomática judía ocurrido el 17 de marzo de 1992...*

¿Por qué no dicen embajada israelí? No entienden la diferencia, todavía. Claro que no deja de tener cierta lógica: si los judíos fuéramos argentinos, no seríamos judíos, así que debemos ser extranjeros, y en cuanto tales, alguna embajada habremos de tener. Otra prueba de nuestra extranjería es que tenemos nuestros propios templos, nuestros propios colegios, nuestros propios clubes como la Hebraica de Sarmiento y Pasteur, donde llevo corriendo desde casa y me apuro hasta el tercer piso saltando las escaleras, *shabat shalom*, de dos en dos para subir más rápido porque hoy prendemos las velas a las seis y hacemos *cabalat shabat*. En casa no lo festejamos pero acá me divierte y después jugamos con los chicos al ping pong. *Este ataque terrorista es un atentado a la sociedad argentina toda, dijo un comunicado de la embajada de Israel*. Ahora lo dijeron bien, ¿ves que no era para tanto? Hay que tener paciencia y respirar hondo antes de meter la cabeza en el agua, y después patear bien fuerte señorita, Ricardo me enseña a flotar pero cómo hago cuando quién sabe si estás vivo, uno siempre pensando en los que conoce. ¿Cómo imaginar la muerte sin una cara, aunque la bobe diga que es una vieja cubierta de ojos? Ojos más acostumbrados que los nuestros a ver brazos sueltos, dedos sueltos, todo en pedazos menos la sangre que corre entera por las calles y da vuelta las esquinas como en alguna novela de eso que llaman realismo mágico porque no viven en América Latina.

El taxista me ficha por el espejo pero hago como que no lo veo, no sea que encima me dé lata.

—Señora, ¿qué le parece? ¿Por qué a los judíos siempre les pasan cosas así?

Lo único que me falta es que este Watson porteño me juegue a las adivinanzas, pero yo también tengo mis tácticas:

—¿Cómo dice?

—Digo que por qué piensa que en todas partes los judíos tienen problemas.

Está tanteando para no meter la pata pero ya está a punto de caer solito. Con cierto placer masoquista le doy el golpe maestro:

—Y usted, ¿qué opina?

—Mire, yo no es que tenga nada contra ellos, habiendo tantos científicos, artistas, escritores israelitas... pero por algo será que tanta gente no los quiere, ¿no?

En este punto de la partida, que por ser de libro se repite con leves variaciones en cada nueva edición, suelo sacar la carta feroz y exhibirla con desparpajo: —Yo soy judía, señor—y el otro se queda entre atónito y paralizado. Un paquistaní en Canadá me confesó, después del consabido no parece, que era su primer contacto con un ejemplar de los nuestros. En ese entonces tenía paciencia para concientizar a la humanidad sobre la mitificación del otro, la ceguera del prejuicio, la aceptación de la diferencia como condición ineludible para el reconocimiento de la identidad esencial de todas las sangres todas... pero ahora no estoy de humor ni para el jaque final. El proselitismo es inútil, y más en estas mañanitas de Buenos Aires con olor a muerte. Me trago la lengua y le devuelvo el interrogante del siglo:

—¿Por qué será?

—Bueno, debe ser que son egoístas, usted sabe que entre ellos se ayudan, pero a los demás...

Por suerte estamos casi en Viamonte. No tengo fuerzas para contestar.

—Mejor me bajo acá y camino un poco, se me hace tarde. Adiós.

En la banquina casi tropiezo con un pedazo de vidrio. A unos pasos se amontonan más ventanas rotas, astillas que se clavan en los pies y en el alma, como aquello de ustedes son judíos pero son buenos, como decían nuestros vecinos de enfrente. Ellos eran alemanes y, según mis padres, SS refugiados en la Argentina tras la guerra mundial. Mis abuelos, en cambio, eran rusos y polacos llegados a principios de siglos. Desde su paisaje de estepas, montañas, pogroms y ansiedades habían soñado un horizonte bucólico que quedaba a sesenta días y sesenta noches de océano. Anclaron en Buenos Aires. En playas de barro depositaron sus baúles y se llamaron, con erres rasposas y eses enfáticas: inmigrantes.

Series y simetrías: en 1951 nace una nieta de aquellos hombres y mujeres que viven en fotos color sepia con sus sombreros hongo, eternamente de pie junto a mujeres de mirada perdida, vestido largo y rodete. Nace en contrapunto con un pogrom que se desata ahora en el barrio de Once: mientras ella gime boca abajo en manos de la enfermera, un viejo por Lavalle gime boca arriba, la barba en manos de algún iluminado dueño de la verdad y el ser nacional. El dúo dura apenas unos segundos y a partir de ahí cada historia sigue su curso. Hasta que en 1977, sin pogrom y sin viejos barbudos en escena, a ella la arrastran por la vereda mientras otros dueños de la verdad y del ser nacional repiten a coro *judía de mierda, vamos a hacer jabón con vos*.

Las frases se desparraman, como los vidrios, por la vereda.

—Lo malo es que también murió gente inocente: albañiles, secretarías, vecinos que no eran judíos...

—Mire que yo trabajé para ellos, y eran personas muy amables. Los judíos son hasta mejores que algunos cristianos, le digo que a mí me ayudaron mucho, y hasta me dio rabia lo que dijeron esos chicos que pasaban en moto.

—¿Qué dijeron?

—¿Que por qué no los matan a todos!

Es difícil matarnos a todos, pero se hace lo que se puede. Entre bambalinas, una mujer llora a su muerto. Espío, ladrona de emociones, como robándole la pena. Por suerte no me ve, no traigo micrófono ni grabadores o filmadoras para pedirle —cuéntenos qué le pasa señora, para que nuestros televidentes puedan compartir este momento con usted— no, apenas me cuelgo de las imágenes, le doy forma humana a las cifras, para que no se me olviden. Busco gestos, ademanes, sonidos que desmientan el anonimato glacial de *26 muertos y 120 heridos en el lugar de los hechos*. El lugar es mi barrio de hace veinte y treinta años, y los hechos son esta queja gutural para la que no hay consuelo.

Un jefe policial ordena desalojar la zona de curiosos y periodista. La "aplanadora" de uniformados avanza por Pasteur a cara de perro, con paso firme y codo a codo. Los policías se acercan al trote, dando órdenes —despejen, circulen—, instalando vallas, cortando calles. —Corrasé— me intima uno. Lo esquivo. No tengo por qué hacerles caso, al fin y al cabo ustedes no hicieron mucho caso cuando me metían a golpes en el Falcon verde sin chapas por gritar en la calle palabras en judío. Lanzo mi nombre con pulmones con estómago con el último nervio con piernas con brazos con furia. Mi nombre se agita salvaje a punto de ser vencido. Los domadores me ordenan saltar del trampolín al vacío. —Aunque no sepas nada la vas a pagar por moishé—. La oración circunda estas calles: se mudó acá nomás, a la vuelta del calendario, hace 17 años, alrededor de la misma comisaría, mientras ¿estos mismos policías? tomaban mate con facturas porque es sábado dos de la tarde muchachos hay orden de no interferir con el accionar de las fuerzas armadas o los grupos de tareas, todos adalides del orden que van a extirpar el cáncer de las bandas subversivas y apátridas.

—Primero vamos a acabar con los montoneros y después con ustedes. Recién entonces se va a poder respirar en este país— sólo voces y el eco en un subsuelo: desaparecida, ida, en el único círculo helado del infierno.

Quieren sondear mis relaciones con los terroristas del Irgún.

—¡Pero el Irgún se acabó en el cuarenta y ocho!

No importa, ellos leyeron a Niezstche y saben que todo vuelve.

Me susurran palabras en hebreo: que el entrenamiento militar en el kibbutz, que el nombre de mis javerim, que la gente de mi kwutzah. La que no sabe hebreo soy yo, y es difícil aprender con ese voltaje que me sacude me pincha me quema me revienta los dientes los oídos el cuero cabelludo los pezones los ovarios las piernas...

Un par de piernas sangrantes logran sostenerse a duras penas: —Se nos cayó la casa encima mientras dormíamos, ahora mi hermano y mis padres están en el hospital, yo me salvé de milagro—, quiere que la dejen tranquila pero estamos en el aire y contestame una preguntita más: —¿qué sentís en este momento? entre camillas, camionetas, pedidos, llamados, y sobre todo cuerpos destrozados y ambulancias ¿qué va a sentir? que no todos los días se rompen las leyes de gravedad, que no todos los días uno abre la puerta para que un ciclón desmantele las habitaciones y destruya el pasado y arranque las manecillas del reloj, que no todos los días uno trata de escapar cuando la cerradura se movió la puerta torció la ventana trabó y uno gime acorralado por minutos que no corren, no todos los días uno tropieza y cae manos atrás atrapado por una noche que remata toda vida cotidiana. Uno se marea por la vorágine de retazos, de ayer y de ahora aplastados, uno se pierde entre sillas dadas vuelta cajones vacíos valijas abiertas colores cancelados mapas destrozados carreteras

inacabadas. Apenas siento voces irreales modular: —¡Te querías escapar, puta!— mientras sigo en ese cuerpo precario: sue-las tatuadas en la piel bota en la espalda arma en la nuca. —¡De pie!— me paro sumisa confundida atontada vencida y grito —¡Me llevan!— mientras dedos metálicos se me clavan en la carne. Dos de la tarde impune me tiran al ascensor me arrastran. En la vereda pateo contra un destino anónimo en cualquier fosa colectiva, en cualquier diario guerrillero buscada por asociación ilícita muere por detonación de sus explosivos. *La potente explosión causó daños en varios edificios locales...* eso se ve, lo que no ubico es la AMIA. Desde la esquina busco algún pedazo de mármol, alguna piedra, el color oscuro de la puerta ¿de hierro? de la antigua fachada. No hay caso. Uno me señala ahí ahí, y bajo el índice vislumbro cascos trepados a montículos de escombros, ahí, entre las vigas, son más bien brazos y piernas escalando montañas desprolijas, frágiles, desoladas. *Un centenar de personas ha escalado la montaña de escombros y pugna por armar una cadena humana, con el objeto de trasladar heridos, medicinas, agua, baldes, oxígeno o lo que sea...* Hay que espantar el aura tenebrosa de esta geografía, hay que actuar, llevar y traer mensajes, movilizarse para integrar la orfandad al paisaje cotidiano. Me encargo de traducir un horizonte parido en otro mundo, nieto de los terremotos pero no nacido de falla natural. *El presidente Menem se refirió a los "profesionales que vienen de afuera"* y dale con los de afuera, no niego que los haya pero de paso y a pie de página citen a nuestra mano de obra desocupada, siempre lista para manufacturar desgracias. Me enoja con la radio, pero se me pasa. Al contar lo que va pasando le dan al horror un orden que se parece al sentido: *el hospital de clínicas, ubicado a dos cuadras del lugar, se ha convertido rápidamente en el centro de atención médica principal...* La organización

neutraliza el pánico, el vacío se va llenando de anécdotas, de logros, de fracasos. Se declaran duelos, se izan banderas a media asta, se mandan condolencias, se redactan artículos:

Una montaña informe de escombros de diez metros de altura es lo único que quedaba de los siete pisos de la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) media hora después del atentado terrorista que sembró la muerte en el barrio porteño de Once... Los socorristas voluntarios levantan los brazos para pedir silencio porque gritos de auxilio parecen levantarse desde las entrañas del derrumbe. Cualquier sonido puede servir de guía en la búsqueda, pero la histeria de la gente es más fuerte y se sigue hablando a toda voz (El Liberal, 19/7/94).

A toda voz se alzan las esquinas suspendidas bajo miles de paraguas con todas las manos todas queremos saber de qué se trata, lástima el presidente mandando condolencias a Israel se equivocaba se equivocaba, pero acá están el portero la vecina los curiosos los comerciantes los religiosos los profesores yo tengo tantos hermanos que no los puedo contar.

Desde entonces algunos se dan cita en una plaza, como ya es tradicional en la Argentina, para que no se olvide el olvido. Desde lejos otros nos damos cita con el recuerdo, y rememoramos: había una vez una biblioteca en la calle Pasteur donde vivían señores de sombreros hongo eternamente parados junto a mujeres de rodete, pollera larga y mirada perdida, en fotos color sepia. Muchos de ellos se perdieron para siempre con sus casas de tapas duras, se disolvieron en esta América que los enterró por duplicado para que no se les ocurra volver con el primer eterno retorno que se les cruce. Nosotros rememoramos, pero la historia, que se dispara a menudo hacia arriba imitando peligrosamente un tiro al aire, se hace cargo de borrar melancolías enquistadas en el ayer. Prueba de ello es el nuevo edificio que borrará con su ímpetu juvenil las ruinas de un pasado do-

loroso pero no insuperable. La flamante AMIA le dará categoría al barrio y alzará el valor de la propiedad que decreció tan abruptamente en Once a partir del acto terrorista. Mientras tanto se siguen investigando pistas, con la ayuda de especialistas israelíes.

Lástima los policías que, tras despejar las calles con tanta eficiencia, volvieron exhaustos. De lo contrario hubieran salido a comprar esas cintas de varios tipos que sirven, entre otras cosas, para tomar declaración a los testigos presenciales que se acercan a dar testimonio sin que nadie los llame. Lástima el dedo que una señora encontró y un uniformado tiró a la basura, porque esos detalles suelen ser útiles a lo ancho de cualquier investigación que se las precie de tal. Pero lo digo sin conocimiento de causa. Debo confesar que me guío por versiones difundidas por periodistas que recorrieron el vecindario con demasiadas cintas y ganas de desprestigiar los esfuerzos del gobierno por dilucidar la verdad. Periodistas como Luisa, navegando entre los hoyos y los montículos de ese mar de asfalto que sobrevivió el sacudón, flotando entre las ruinas con sus enormes ocho meses de embarazo. Me meto en su ruta y la sigo, su inmunidad abriéndonos el paso en una corriente que nos arrastra no sé si hacia adentro o hacia afuera porque todo es igual. A medida que avanzamos retrocede la realidad, no hay forma de palpar otra cosa que cortes, la pantalla está delante de nuestras narices pero los canales cambian sin parar. *La calle parece una peatonal del terror escoltada por esqueletos de construcciones, salpicada con coches aplastados, ambulancias y una alfombra de barro... El olor a amoníaco flota en el aire y casi daña el olfato pero a veces resulta atenuado por los escapes de gas, que hacen temer por una nueva tragedia...* Nos salva la boca del subte. Una vez en su casa Luisa trata de llamar a Brasil, a Chile, a Canadá,

para pasar su crónica. No hay caso, todo ocupado. Prendemos la tele y de golpe el mundo, que andaba a mil por hora, frena... **el ataque terrorista contra la AMIA dejó un centenar de muertos y más de 300 heridos.** El caleidoscopio de la muerte se congela en un humo que devora los colores de la ciudad. Se van el violeta, el azul, el rojo, los matices se retuercen en un arcoiris obeso a punto de reventar sobre terrazas, balcones, chimeneas, techos. El humo es un hedor pintarrajado que impregna a Buenos Aires con la banalidad del mal.

Posdata: Los hechos y personajes de gran importancia en la historia aparecen por duplicado, dijo Hegel con la mirada en el espíritu de los pueblos. Marx, poniendo los pies sobre la tierra y observando las acciones de los hombres, agregó: primero como tragedia, después como farsa. El peligro de las teorías es que a menudo encarnan en países que no se espe-

cializan en inventarlas pero sí en seguirlas al pie de la letra. *Acaban de arrestar a cuatro periodistas y un conductor que trabajan para la revista Noticias —el semanario político que más se vende en la Argentina—. Los cinco aparecieron enmascarados, en una camioneta blanca como la del atentado a la AMIA, con réplicas de un M16, una Uzi y cartuchos de dinamita. Se dice que su intención era hacer una representación gráfica sobre el peligro de un posible tercer atentado antijudío. Noticias dice que esa versión es absolutamente falsa, dice que dijo dijeron en la radio, pero no era falso el disfraz, ni el miedo que se sintió en el edificio ante otro ataque. "La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono... Verdadero también era el ultraje; sólo eran falsas las circunstancias, la hora, y uno o dos nombres propios"* (Jorge Luis Borges, *Emma Zunz*, Buenos Aires, Emecé, 1974).



NOAJ — Revista Literaria

No. 1 – Agosto de 1987 – Dossier: El lenguaje de los escritores judíos

No. 2 – Julio de 1988 – Dossier: Exilio y literatura judía

No. 3-4 – Mayo de 1989 – Dossier: Israel en el imaginario de los escritores ibero-latinoamericanos

No. 5 – Junio de 1990 – Dossier: Memoria judía y escritura

No. 6 – Agosto de 1991 – Dossier: 500 años y tres culturas. Testimonio: Entre geografía y biografía

No. 7-8 – Diciembre de 1992 – Dossier: Quinto Centenario: Tierras de Expulsión y Tierras de Promisión

No. 9 – Diciembre de 1993 – Los intelectuales y la paz – Lenguaje, Razón, Silencio: G. Steiner, E. Jabès

Todos los números pueden obtenerse por pedido a:

P.O.B. 4658, Jerusalem 91042, Israel

“Los judíos argentinos menosprecian ese poco de antisemitismo que hay aquí”

*Entrevista a Simja Sneh, * sobreviviente del atentado*

Leonardo Senkman

P.: Simja, vos fuiste una de las personas atrapadas entre las ruinas después de la explosión de la AMIA, y te sacaron enseguida.

R.: No. A mi no me sacaron. Saltó un pedazo de la pared —o no se qué— algo pesado y me rozó la cabeza; si me hubiera rozado un centímetro más para la izquierda, me rompe el cráneo. Me hirió un poco, estaba sangrando, me sentía bien y todavía

estimulaba a toda la gente para que salga rápido. Porque no creía que este primer golpe iba a ser el terminal, pensé que acá iban a venir otra cosas más. Yo había perdido un zapato, y así corría ni siquiera me pasaba por la cabeza que tengo que buscar el otro zapato. Me salvó la cabeza. Me agarraron, me pusieron en una ambulancia y me llevaron al Hospital de Clínicas. Ahí está. No me pasó nada. No fue una herida muy seria. Mi gran

* Nació en Pulawy, Polonia, 1914. Llegó a la Argentina en 1947, tras haber luchado contra los nazis en el ejército polaco en el exilio. Es escritor, traductor y ensayista; periodista en idish y español, fue director de las revistas *Alef* y *Ralces*, y columnista del semanario *Mundo Israelita*. Libros en idish: *Por caminos extraños* (1947); *Hojas del viento* (1948); *Historia de un exterminio* (1969). Narrativa en castellano: *El pan y la sangre* (1977, 1986); *Sin rumbo* (dos tomos) (1993); y ensayos sobre literatura idish y hebrea. Es asesor cultural de la AMIA, Comunidad Judía de Buenos Aires.

pérdida es ese zapato del pie derecho. Mi "izquierda" quedó completa.

P.: Cuando ocurrió la explosión, ¿vos estabas lúcido, te diste cuenta que era un atentado?

R.: No me di cuenta. Al principio pensé que parecía un terremoto, o una fuerte tormenta, pero cuando vi que todo es normal, había sol y todo, entonces comprendí que era un atentado y grité: salgan inmediatamente del edificio, no hay tiempo que perder. Mientras gritaba salgan inmediatamente, pedí un cigarrillo y sin prenderlo siquiera, busqué huir del lugar. Recuerdo confusamente que mientras la sangre manchaba mi ropa, acaricié a una joven compañera de oficina y paternalmente le supliqué: "Meidale, no te asustes pero salí de esta ratonera cuanto antes". Adriana, por suerte, también logró salvarse.

P.: ¿Tuviste alguna asociación con lo que pasaste en la guerra?

R.: El que estuvo en el frente de batalla siempre asocia todo ruido violento con un estallido. Lo asocié involuntariamente, recién después pensé que no hay guerra acá, pero comprendí que era un estallido, un atentado.

P.: Vos escribiste en Sin Rumbo que en la guerra fuiste herido como soldado, eras un convalesciente. ¿Te sentiste herido en el hospital de clínicas, en el sentido de estar convalesciente?

R.: No, porque en la guerra vos esperás cada momento, si no la muerte, una herida enorme. Acá vino todo inesperado, llegó todo en un tiempo normal. En la guerra estaba sentado junto con un compañero soldado ruso, un muchacho de Leningrado, hasta me acuerdo que se llama Piotr, Pedro. Y estamos sentados

los dos porque ahí habíamos escapado de un ataque alemán. Estábamos sentados los dos bajo un árbol y de pronto necesité orinar. Me levanté, me fui dos pasos por ahí, y en este momento una bala le golpeó a ese Piotr y lo mató. Como era una ráfaga, si yo me hubiese sentado al lado suyo, me mata. No soy un hombre creyente en el sentido religioso. Pero hay algo que lo toca a uno individualmente en el alma: tantas veces escaparse de la muerte, ser un elegido. ¿Por qué digo elegido? Una vez compuse una lista de todos mis familiares cercanos. Ahí hay dos clanes, el clan de mi padre y el clan de mi madre, que en paz descansen. Me digo, ¡no conozco ningún miembro de esta familia tan ramificada! Tal vez existen en alguna parte que yo ni siquiera sé, pero no conozco ningún miembro de esta familia que se haya salvado.

P.: Atribuís esa elección a una especie de destino, ¿creés en él o más bien que es el buen ángel que te acompaña?

R.: Yo te voy a decir una cosa. Por un lado no soy un hombre creyente, tampoco tengo prejuicios, no creo en cosas sobrenaturales, soy realista. Hay casos en la guerra en que todo un pelotón puede morir a causa del estallido de una bomba o por caer entre fuego cruzado, o cosa por el estilo. Suceden esas cosas, pero yo nunca me encontré en una situación como ésta.

P.: Es imposible compara lo que pasó en la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo en la Shoah, con un atentado terrible como fue el de la AMIA. Pero sin embargo la gente compara. ¿Vos también compararás la masacre de la AMIA como si fuese un acto que solamente podría haberse perpetrado en la Segunda Guerra Mundial?

R.: Se puede comparar y se puede no comparar, porque en la guerra la muerte acecha a cada paso y por un lado, uno está

conciente del peligro, por el otro lado la gente se acostumbra, no hay cosa a la que la gente no se pueda acostumbrar. Si yo hablo con alguien a la mañana y a la tarde sé que recibió una bala y ya está en una fosa, esto se vulgariza un poco. En la guerra el concepto mismo de la muerte se vulgariza.

Pero no se puede comparar la Shoah con la masacre de AMIA. No es lo mismo. Primero, el Holocausto fue concebido y se desarrollaba entre la población no judía que en gran parte era absolutamente insensible a todo lo que pasó. Los alemanes condenaron a los judíos a la muerte, entonces los polacos se sintieron privilegiados y sabían que a ellos no les puede pasar nada. En cambio, el judío sabía que sólo un milagro lo podía salvar. Entonces, por una parte tenés la gran población, por ejemplo en Varsovia; digamos que un tercio de la población de Varsovia –yo no estuve allí pero hablo en base de hechos– estaba condenada a muerte, mientras que a los otros se les exigía solamente que no actúe contra el régimen alemán. Si te informan que vas a recibir sólo un pedacito de pan por día, y lo recibes, eso significa te persiguen pero no que te condenaron a muerte, que todos van a morir. Además, en cada ser humano sobrevive siempre una llamita de esperanza, “yo me voy a salvar de todo esto, yo tengo que hacer algo para salvarme de este asunto”. Y por más que había en el Ghetto de Varsovia –como me contaron– una suerte de desesperanza y de solidaridad a la vez, en cambio, el soldado no lo siente. El soldado siente dos cosas: que la muerte acecha a cada paso, pero que él es todavía dueño de su vida porque tiene un fusil en la mano.

P.: Por primera vez en la Argentina –donde se sabía que hubo Tacuaras y grupos neo-nazis, y donde siempre se amenazó de muerte y podían marcar el pecho a una judía–

se perpetró una masacre contra AMIA y murieron cerca 86 personas, muchas no judías. Esto es nuevo, a esta violencia no se lo imaginó nadie. ¿Vos te lo imaginaste cuando llegaste a Argentina? Esto no es la Shoah a la cual sobreviviste, pero tampoco es antisemitismo tradicional en Argentina. ¿Qué es?

R.: ¿Si me lo imaginé? Vamos a hablar sinceramente. En las últimas semanas me lo imaginé por dos cosas. Antes del atentado, leí en el diario hebreo que aviadores israelíes mataron a ese dirigente de Jizbala, y estaba convencido que ellos iban a buscar la manera de vengarse. Y todavía no terminó. Van a buscar la manera de vengarse porque la Jizbala son gente que juran, amenazan y cumplen lo que prometen. Mientras que en una guerra no hay tal cosa. En la guerra, hasta si se toman prisioneros, se les trata mejor de lo que los alemanes trataron a los judíos durante la Shoah. La deshumanización no existe en el ejército, ni en las guerras más terribles, más sangrientas. Acá hay elementos de deshumanización –en el terrorismo, en todo el nazismo– el judío deja de ser persona, se convierte en un objetivo para aniquilarlo. Esto los judíos no lo entienden, la diferencia que hay entre una lucha política entre personas y una lucha no-política, bandillaje terrorista que jura: “Todos estos judíos tienen que desaparecer”.

P.: Esto último, ¿lo aplicás al nazismo islámico que atentó contra la AMIA?

R.: Yo no sé mucho de política, pero todos estos movimientos son nazis. Claro que todo movimiento político evoluciona y toma diversas formas. Pero, por ejemplo, si vos comparás la actitud de Arafat con la actitud de la Jizbala, te vas a dar cuenta que la Jizbala quiere aniquilar a los judíos y que Arafat busca la manera de salir ganando de la solución más o menos pacífica

porque él entendió que no va a poder aniquilar a los judíos, o por otra cosa.

P.: Simja, en el reportaje que te hizo Eliahu Toker, decías que la Argentina era ya un país antisemita cuando vos llegaste en los años '50. "Recién después comenzaron a tomar conocimiento de que existía antisemitismo. Desde que llegué a la Argentina yo siempre dije que los judíos menosprecian ese poco de antisemitismo que hay aquí".

¿Por qué dices eso?

R.: Porque cuando llegué a la Argentina, discutíamos con mis amigos sobre el tema; ellos decían que el antisemitismo en la Argentina como tal no puede existir porque éste es un país de inmigrantes y todos se sienten igual. Pero ellos decían que una fuerza judía, el bienestar judío, el trasfondo del bienestar de algunos judíos, iba a crear el clima de xenofobia. Entonces sentía que el antisemitismo podía surgir.

P.: ¿Vos sentiste el antisemitismo cuando llegaste al país, percibiste que había ambiente antisemita, conociste algún ataque?

R.: Sufrí antisemitismo por parte de Argentina, antes de llegar al país. Porque un amigo local, al enterarse que yo sobreviví la guerra y vivía en Londres, me escribió una carta: "Venite a la Argentina, es un país bueno, y vas a vivir un tiempo tranquilamente, y después te vas adonde querés". Este es un cuentito. Yo era un soldado en la Brigada Judía, esta estacionado en Holanda, en una pequeña localidad llamada Entholm. Salimos los fines de semana a viajar en tren a París, para divertirnos, para buscar chicas, cualquier cosa. En uno de esos viajes —la guerra estaba terminando—, no encontré comida pero conseguí una botella de whisky. Vi un marinero holandés que tenía pan

y jamón, y nos hicimos amigos porque yo le di un poco de whisky y él me dio de comer, y me contó que se embarcaba a Buenos Aires. —"Yo tengo ahí un amigo". "Dame una carta", le digo. Entonces escribí a Yushek Lenger —así se llamaba— y él se llevó la carta. No se cómo corrió la voz de que en el bajo, cerca del río, hay una carta para un tal Yushek Lenger sin dirección. El fue y cogió esa carta, y me contestó. "¿Por qué después de tantas cosas que viviste, tantas vivencias, no te vienes un poco a la Argentina?". Entonces yo en Londres fui a la embajada argentina. Mentí diciendo que era técnico agropecuario. Después me preguntaron por la religión y yo dije que soy judío. Doblé el papel y me dijo: "No. Ud. no puede residir". Y me fui. Después me dijo Lenger, "¿por qué no te vas a la Embajada del Paraguay?". Fui, y otra vez les dije que soy técnico agropecuario y me dieron la visa. Fui al HIAS, pedí dinero, y tomé el avión para Río. De Río de Janeiro tomé otro avión para el Paraguay. En Asunción me esperó un amigo de Lenger, un tal Tifenbauer. Enseguida mandó un telegrama a ese Lenger. ¿Y cómo entrar en Argentina si tengo visa para el Paraguay? Este hombre habló con un capitán, y me ubicó en un barco que navegaba por el Paraná hasta Rosario. En Rosario, el hombre me hizo una señal para que bajara: él tenía un permiso de entrar al puerto a recibir un pasajero, me dio ese permiso a mí y él se hizo pasar por el viajero. Entré completamente en forma legal.

P.: ¿Nunca más tuviste problemas?

R.: A las dos semanas de llegado a la casa de ese Lenger acá en Buenos Aires, él trajo a su casa a un hombre del Registro Civil que me dio una cédula de identidad. ¡En la misma casa de Lenger!, no tuve que ir a otra parte. Posteriormente, estos casos de una u otra manera se multiplicaron y miles de judíos entraron así, en forma ilegal. Entonces Perón en 1952 dio orden de am-

nistía: toda las personas que están ilegalmente en el país y se presentan no van a tener ningún problema. Naturalmente me presenté. No tuve ningún problema. Había una cola larga en la calle Moreno, miles de judíos y de paraguayos que querían darse en la Argentina.

P.: Si es así, ¿por qué decís que "los judíos argentinos" desprecian ese poco de antisemitismo que hay aquí"?

R.: Porque ellos se reían de todo esto, porque subestimaban el hecho que se permitía venir a italianos, a croatas, ucranianos, a no sé qué. Era un período de inmigración violenta. La gente abandonaba asustada la Europa de posguerra. A los judíos no les dejaron entrar legalmente. A ellos, sí. Después, Perón dio un permiso especial para que entrara un puñado de escritores judíos sobrevivientes, así llegaron Ruth Schwartz, Knaphein, Kaczerginsky, y otros, llegaron legalmente por el gesto de Perón, pero con estas pocas decenas de gente que llegaron legalmente, entraron miles de judíos sólo ilegalmente. En cambio, conocí personalmente a ex-nazis fugitivos y colaboracionistas.

A mi negocio venía ciertas veces el ex-dignatario nazicroata y criminal de guerra Ante Pavelic. Venía a buscar los paquetes de lana y me traía después la prenda hecha. Vivía con identidad falsa, acompañado de la Sra. Babenko, que era la que tejía, y que después resultó ser una mujer judía. Con él vivían una serie de croatas que entraron legalmente. ¿Cómo me di cuenta que era Ante Pavelic? Guardo recortes; en la revista *Vea y lea* hicieron un artículo sobre Ante Pavelic, y su secretaria la Sra. Babenko. Una vez Berta, mi esposa, mi dijo: mirá, éste es un hombre raro, parece que es un hombre que manda, con una mirada muy dura, hablaba un castellano completamente deformado, que se veía que era húngaro, croata, quizás alemán, más me parecía alemán que croata. Entonces le dije a Berta: ¿Ante

Pavelic? Lo voy a echar, que venga cuando yo esté. Ese hombre no vino más después que el artículo de *Vea y lea* lo puso en descubierto. La Sra. Babenko, que era la técnica, la que tejía, la que hacía los modelos, venía acompañada de una mujer más joven, la Srta. Flebo, que organizaba todo.

Cuando salió esa nota en la revista *Vea y lea*, Pavlevich no apareció más a buscar los paquetes de lana, venían estas dos mujeres, cada una llevaba un paquetito y se iban. Cuando vino después del artículo la Sra. Babenko, yo lo encaré. Le dije: "¿Sra. Ud. tiene que ver con Ante Pavelic?". La mujer se echó a llorar, dijo que no tiene nada que ver, pero que ella, en su lugar, salvó a muchos judíos y que ella también es judía, y que no la denuncie. Te voy a contar otra cosa. El hermano de Berta había comprado una casita en Castelar, y nosotros vivíamos un tiempo en esta casita de Castelar, ya varios años después de la guerra. Un día nos enteramos que el vecino nuestro es un alto oficial de la marina alemana, y vivía ilegalmente en Castelar. Muy correcto, muy bien educado. ¿Cómo nos enteramos? Berta entró una vez en la sala de la vecina, y había una fotografía, de pared a pared, un mural, con el hombre -Félix, el apellido nunca se supo, no decían el apellido- vestido con su uniforme de gala de la SS de la Marina, con su gorra SS, con su cruz svástica y con toda una serie de medallas. ¡Eso era el mural del salón de entrada de ese pequeño chalet que tenían en la esquina de la calle Pedro Goyena!

Hablabamos, pero nos evitaba, cuando nos veía se iba para adentro, para evitar encontrarse cara a cara. Pero no solamente eso. En el año 1962 ó 1963 viajé a Misiones con Berta a dar unas conferencias invitado por Gregorio Holison, un judío muy amigo, dueño de El Dorado, y nos hizo viajar con el avión de él hasta las Cataratas. Cuando volvimos de las Cataratas, desde el aeroparque yo decidí viajar en el colectivo que va con el obraje.

Hicimos 5 horas de colectivo con tres paradas, en las tres posadas que bajamos había fotos enormes de militares con svásticas.

Toda esa gente, y te hablo del año 1962-63, eran alemanes nazis. En la primera posada yo no quise tomar, pero en la segunda ya no podíamos más de la sed, tuvimos que beber. Y a la misma gente la encontramos también en San Martín de los Andes.

P.: Sin embargo, eso no te impidió integrarte y trabajar, y no sufrir nunca antisemitismo en la Argentina—vos personalmente— como judío que vive y escribe, como intelectual, ¿o tuviste algún incidente significativo?

R.: El único malestar era que todos los inmigrantes, al cabo de cierto tiempo, si querían, recibían ciudadanía, pero cuando llegaba el turno a los judíos, no era que se la negaban, sino teníamos que buscar alguno a quien darle coima y cosa por el estilo. Yo me naturalicé en 1952. Y tuve que pagar coima.

Mi impresión es que acá hubo siembra de antisemitismo, y que todas estas agrupaciones de derecha argentina adoptaron ciertos lemas y ciertas enseñanzas, si se puede usar la palabra enseñanzas, del nazismo. Existen acá en la Argentina muchas corrientes nacionalistas. Por más raro que te parezca, en la actitud peronista hubo dos corrientes contrapuestas, porque por un lado Perón se manifestaba amigo de los judíos, Perón creó —y de eso poca gente se acuerda— una organización judía peronista, la OIA (Organización Israelita Argentina). Por otro lado, hubo ciertas discriminaciones y hubo ciertas corrientes peronistas, que siguen existiendo hasta hoy, y que propagan el antisemitismo.

Está comprobado que algunos nazis llegaron a la Argentina en tiempos de Perón con ayuda del Vaticano. Perón era dema-

siado fuerte y habría podido evitarlo, si lo hubiera querido. El tenía dos faces: una, lo de la OIA, para los judíos peronistas; otra faz, para los argentinos peronistas. Pero pronto sintió necesidad de buscar el apoyo de los judíos porque no le convenía que lo asociaran con los fascistas y el antisemitismo.

P.: Vos sobreviviste antes al atentado de la Embajada de Israel en marzo de 1992. Me contó tu esposa Berta que veinte minutos antes, por insistencia tuya, Uds. se habían retirado de la embajada.

R.: Sobrevivieron todos los que estaban conmigo ese día. Ahí había una conferencia de prensa con alguien que llegó de Israel, se convocó una conferencia de prensa para escritores, para intelectuales. Había también no-judíos entre la concurrencia. Juntos a la gran mesa en el salón, se sentaron unas cincuenta personas. Angélica Bosco dio una exposición, y después yo volví a la AMIA. Alguien escuchó la radio, y anuncian que en la embajada acababa de haber un estallido. ¿Cuánto tiempo lleva llegar desde la embajada en la calle Arroyo a la calle Pasteur? Media hora a lo sumo.

Dos semanas después nos íbamos a Israel, íbamos a viajar a visitar a nuestro hijo Marcelo que vive en Nazareth, y Berta se quería quedar para hablar con dos personas que le deseaban dar cartas y cosas para llevar. Yo estaba muy inquieto, ella después me confesó que nunca me había visto tan inquieto como a eso de las dos de la tarde. Vamos, vamos, vamos, le dije a Berta, ella se impresionó, bueno vamos y salimos. Esa inquietud, nos salvó, porque mi esposa se hubiera quedado.

P.: ¿Es el ángel de la guardia?

R.: Esto es una cosa para mí mismo incomprensible. Me agarra una angustia que no sé qué, un presentimiento que va pasar

una tragedia. Bien que lo recuerdo, sentía que tengo que irme, tengo que irme de acá, de la embajada, yo estaba trabajando en la AMIA, pero no necesitaba regresar si había pedido permiso y avisé que me iba a la embajada... Yo tengo una vieja relación con la "huesuda", siempre tuve la astucia de escaparme de sus acechanzas. Una vez más me sucedió en marzo de 1992. La última vez que se me cruzó delante, fue en julio de 1994.

P.: Después del atentado de la AMIA, yo siento que mucha gente necesita sentirse sobrevivientes. Sobrevivientes de una tragedia parecida a la Shoah. Yo quiero saber, vos como sobreviviente por derecho propio y como combatiente, ¿qué opinás de ese fenómeno en Buenos Aires, de mucha gente que no sufrió directamente el atentado pero que tuvieron familiares o amigos, y se consideran todos sobrevivientes de la masacre?

R.: Después del 18 de julio, muchos judíos se sienten sobrevivientes en potencia porque no se sabe lo que puede pasarles mañana. Yo estuve entre las víctimas en AMIA y de pronto se me dio por interrumpir lo que estaba escribiendo y bajar. Si yo me quedo medio minuto más, esa habitación donde estaba escribiendo se derrumbó toda. Hay un temor a una tercera bomba, como después del atentado de la embajada cundió el miedo a una segunda explosión. Yo lo siento así porque creo que vivimos en una época de resurgimiento del nazismo y una de las armas —y digo otra vez— una de las armas del nazismo y de las dictaduras es el antisemitismo. Es muy fácil indicar con el dedo, mire entre ellos no hay obreros, hay solamente comerciantes judíos. Es muy fácil decir esto.

P.: Yo noto que en tu gran novela "Sin Rumbo" falta la parte de tu experiencia en la Argentina.

R.: Yo escribí esta novela para describir un período de la guerra. Un período de guerra y de llegada a la Argentina.

P.: Y ahí se detiene. Hablando de otra manera, ¿tu llegada a la Argentina, por qué no es tema de una novela, de un cuento largo, de un texto literario, como lo ha sido la experiencia europea?

R.: Te voy a contestar en una frase: un escritor a veces siente que se apodera de él el instinto del escritor y entonces va a lo artístico. Otro escritor siente más bien la vena de historiador y entonces él, de una manera literaria, escribe historia. Y yo me debato entre estas dos cosas, pero prevalece en mí el testigo, el que quiere recordar la historia.

P.: Una pregunta, ¿para vos la historia y ser testigo es testimoniar lo que pasó sólo en la Shoah en Europa, no en Argentina?

R.: Qué puedo decirte, lo que pasó acá, lo que está pasando ahora, lo puedo y lo descargo en mi trabajo de periodista. No de ficción, porque el escritor verdadero necesita una cierta perspectiva y una cierta manera de buscar las raíces vivenciales dentro del drama, dentro de su vivencia, dentro del sentimiento. A esto todavía no, porque el período de antisemitismo activo organizado comenzó hace poco años en la Argentina. Antes era un antisemitismo trasplantado, traído del continente europeo, fue importado. Acá no se sentía tanto el antisemitismo. Pero en mis peores pesadillas jamás se me cruzó que podría morirme bajo las ruinas de mi querida *kehilah*, la AMIA, mi segundo hogar en Buenos Aires, desde hace 47 años.



Ponerse a llorar

Graciela Spector

LA mañana en que salió en los diarios de Rosario que había comenzado la Guerra de los Seis Días, mi abuelo leyó los titulares y se puso a llorar. Era la primera vez que yo lo veía reaccionar en esa forma. Mi abuelo era grande y fuerte y siempre podía solucionar todos los problemas. Pero esa mañana de junio... se puso a llorar.

En eso pensé cuando vi el programa por la televisión israelí. Y la hermosa mujer hablaba de vectores que cambian, de líneas que antes se dirigían desde Israel hacia la Diáspora y ahora desde la Diáspora hacia Israel (¿o era al revés?). Y el hombre parecía tener cien años sobre los hombros, y un brillo diaspórico de lágrimas que llegaba desde sus ojos hasta mi corazón.

Y yo pensaba en los pogroms en Rusia, en las historias de cosacos y de judíos, y en las cenizas cubriendo el piso de los Batei Kneset en Tishá beAv. Y en la grandeza judía de saber llorar, esa grandeza que conectaba el llanto de siglos con las lágrimas de mi abuelo. Esos pensamientos bullían en mi mente cuando escuchaba a la gente hablar sobre el atentado en la AMIA, y cuando los inflamados discursos sionistas llenaban el living de mi casa en Jerusalem mientras en Buenos Aires seguían buscando infructuosamente alguna señal de vida debajo de los escombros.

Y sentí otra vez la grandeza de mi abuelo. Porque a veces, lo más adulto que uno puede hacer, lo más sano y maduro, lo más noble y osado, es ponerse a llorar.

Rosario, Argentina. Vive en Jerusalem desde 1977 y enseña en la Universidad Hebrea, donde prepara un doctorado en psicología social del lenguaje.



Este atentado nos pone una vez más frente a la necesidad de enfrentar la castración nuestra de cada día, la imposibilidad de dar respuesta a las cosas terribles que nos esperan a la vuelta de la esquina. Asumir este destino de ser judíos que nos explota edificios y hace volar por el aire a nuestros hermosos jóvenes soldados. Y también cuando ocurre un atentado en Tel Aviv, o colocan otra bomba en un ómnibus, se nos hace necesario admitir que Tzahal no es todopoderoso, y que no puede ofrecernos providencia.

Me pregunto entonces por qué la reacción de los medios de difusión en Israel fue tan defensiva. Por qué también ciertos argentinos que viven en Israel se apuraron a afirmar que Tzahal había tenido que correr a Buenos Aires a salvar a los impotentes judíos de la Diáspora. Bien sabemos que no se salvó nadie, porque cuando todos murieron Tzahal estaba todavía en Israel.

Yo siento que esa reacción tan rápida y autosuficiente no es la más adecuada. Me parece que está basada en la imposibilidad de deprimirse, de detener un momento la complicada maquinaria de la racionalización y conectarnos con el dolor. Tratar de ser fuertes y asumir nuestra condición humana, y admitir la escasa eficiencia de las explicaciones complicadas y exactas con las que nos defendemos del miedo. Para eso es necesario poner de lado la ideología, dejar de criticar a los que no nos siguieron a Sión, y abandonar el pensamiento de que se lo tienen

merecido ya que después de todo sólo buscaron su comodidad.

Y yo pienso en Winnicott, cuando dice que la depresión es un signo de salud. Cuando afirma que debemos dejar de vez en cuando que una nube gris nos cubra, y quedarnos quietos, para que después de disiparse la niebla salga nuevamente el sol.

Es evidente la necesidad de aprender en base a los acontecimientos, extraer conclusiones, programar estrategias para evitar futuros atentados, reexaminar nuestra actitud hacia los distintos gobiernos del mundo. Por supuesto que es necesario defender a las comunidades, exigir justicia, buscar a los culpables. Todo eso es cierto.

Pero también es necesario permitirnos un primer momento en el que se asuma el dolor, en el que se reconozca la tragedia, en el que se lllore a los muertos. Un momento habitado sólo por el silencio. Un momento en el que estemos todos unidos junto a los que sufren. Sin barreras ideológicas.

Aunque estemos totalmente convencidos de que éste es el lugar en el que deben vivir todos los judíos, cuando ocurre un atentado trágico no es el momento de saldar deudas. Por el contrario, cada nuevo atentado marca el momento del silencio. El silencio ante la muerte y el horror, ante cada eslabón de duelo en la cadena judía. El momento de ponerse a llorar.

Jerusalem, marzo de 1995



David Maldavsky

Propuesta escrita a posteriori

LUEGO de terminado este texto advertí que contenía un esfuerzo por reunir testimonios personales y recuerdos de fragmentos de tratamientos psicoanalíticos de distintas épocas, en la tentativa de brindar un aporte a la consideración de las relaciones entre violencia y subjetividad. Esta última requiere, para su despertar, su persistencia y su desarrollo, del encuentro con lo afín pero diferente, de donde deriva una

tensión vital complejizante. En efecto, los procesos subjetivos, incluyendo la conciencia del afecto, sólo pueden desplegarse en el marco de la diversidad. Si bien mi presentación admite muchas otras lecturas, espero que también esta que propongo pueda advertirse a lo largo de las páginas que siguen. En ellas he procurado soslayar consideraciones acerca de las diferencias entre las estructuras determinantes del fenómeno nazi, la dictadura militar y el movimiento fundamentalista radicalizado, poco pertinentes en esta oportunidad.

*Argentino, 1939. Es psicoanalista, docente y escritor. Ha publicado numerosos trabajos científicos: **Teoría de las representaciones, El complejo de Edipo positivo, Estructuras narcisistas, Procesos y estructuras vinculares, Teoría y clínica de los procesos tóxicos.** Su último libro de ensayo sobre literatura y judaísmo fue publicado en 1993: **Judeidad: modalidades subjetivas.***



La profundización científica como respuesta personal a la violencia política

La puesta en evidencia de esa capacidad que tiene el poeta para aunar en su manifestación belleza y subjetividad no forma parte de mi práctica, ceñida más bien al terreno científico. Si dicha capacidad poética está disponible, queda al servicio de la comprensión de una situación clínica, de un problema teórico, de un conflicto familiar, o bien la reduzco a la intimidad de mi autoanálisis.

Puesto en la situación de describir mis vivencias en torno del atentado contra la AMIA, según la propuesta de Leonardo Senkman, me encuentro en una situación al mismo tiempo familiar y extraña, y he de confesar que al comienzo me vi en la necesidad de hallar un punto, una perspectiva desde la cual escribir, y no estoy seguro de haberlo logrado.

Antes de proseguir, deseo aclarar que afortunadamente en el atentado no ha desaparecido ningún familiar o amigo cercano, de modo que mi particular implicación en la situación deriva sobre todo de mi identificación con mis orígenes, así como de mis sentimientos globales respecto de las situaciones de violencia social y política. Consecuentemente, buena parte del modo en que he sido tocado por el hecho deriva del vínculo fraterno simbólico con los que murieron, del nexo con los legados culturales que se perdieron, de la relación con el edificio y el barrio, que ha cambiado su fisonomía. También forma parte de mi implicación subjetiva mi posición con respecto a las injusticias y el abuso del poder. Igualmente, mi implicación subjetiva en la situación abarca la captación de los múltiples efectos que el atentado produjo en mi ámbito: vallas de seguridad y otras medidas similares. Sobre todo deseo destacar un efecto

inicial que generó el atentado, que me resultó doloroso: una desconfianza exacerbada en cuanto a la sinceridad de algunas condolencias o expresiones de solidaridad, provenientes de personas de origen gentil. Quizá esta tendencia a exagerar la percepción de un cierto regocijo ante nuestro penar, subyacente a las expresiones gentiles, haya sido una de las desagradables consecuencias de la agresión, en el sentido de que promovió en mí algún tipo de diferenciación, quizá a menudo injustificada, entre lo confiable y lo desconfiable tomando como parámetro un criterio, el del origen. Sin embargo, con el paso del tiempo, mis vivencias han ido cambiando. Se atenuó mi desconfianza y se volvió más evidente otro tipo de situación, que ya corresponde a mi modo particular de intentar procesar los vínculos en que participa centralmente el sentimiento de injusticia.

Al respecto deseo hacer un poco de historia, claro está, personal. En los negros años de la represión militar, que finalizó hace alrededor de una década, yo no me fui de mi país, pero tampoco me resigné a la pasividad. No me sentí (ni me siento) llamado a la militancia política, aunque tampoco tolero fácilmente la falta de respuesta al abuso del poder del que muchos fuimos víctimas.

El jasidismo enseñó a los judíos a soportar las injusticias sin perder la dignidad en la medida en que podían recurrir a un tipo particular de rebeldía, consistente en el sentido del humor. Yo me considero, a mi manera, descendiente de ese tronco espiritual, pero sustituí la respuesta humorística por una de otro orden, institucional: la producción intelectual, científica. Durante los años de la dictadura militar me dediqué intensamente al estudio refinado de categorías teóricas en el marco del psicoanálisis y su relación con la lingüística, la semiótica y los problemas grupales y culturales. Es un área vasta y compleja, en la cual pude formar a mi vez grupos de amigos y discípulos con

los cuales emprendimos entusiastas proyectos, realizamos investigaciones, publicaciones, congresos, jornadas y otros muchos eventos científicos.

Por lo tanto, mi modo de resistir a la dictadura militar fue un tipo particular de participación cívico-política, de rebeldía, de creación de grupos que hacían resistencia a las tendencias disgregantes de los nexos solidarios, propuestas por la dictadura militar. Durante este período de la represión también comenzaron a trabajar conmigo (y en su mayoría aún lo hacen, ininterrumpidamente) algunos profesionales que habían sufrido persecución política. Según me dijeron luego (para mi asombro), ellos se sentía marcados, contaminados, y suponían que fuera de sus espacios familiares o de sus grupos de pertenencia (víctimas de la represión), nadie querría darles acogida. En los hechos, me dijeron, sufrieron por largos años el vacío que le creaban antiguas amistades. Varios de ellos me han dicho que guardan hacia mí una deuda de gratitud por haberlos recibido. Lo notable es que en ningún momento llegué a interrogarme acerca de si mi familia o yo corríamos algún peligro por darles cabida entre mis discípulos. No llamaría valiente a mi conducta, ni temeraria, ni siquiera ignorante acerca de los peligros. No se trataba de una militancia partidaria, ni siquiera de una imposición ética, porque en ese caso hay un conflicto implícito con un deseo opuesto. Más bien consideraba que sólo podía recibir a estos alumnos sin otra alternativa, en un marco de solidaridad afectiva y trabajo científico. Mi perspectiva no es pues la de los grandes héroes, quienes han desafiado con coraje a poderes superiores a los que se oponían. Mi modo de resistencia es más modesto, e incluye un esfuerzo por conservar la dignidad, junto con la vida y la cohesión anímica y grupal.

Quizá esta postura haya despertado algún interés en quienes me rodeaban, quizá acerté con el camino por reunir intereses

intelectuales, grupales y cívicos, no lo sé. Pero sí recuerdo que tuve un cierto reconocimiento, claro que restringido a mis grupos cercanos, lo cual para mí era suficiente. De tal modo, un cierto orgullo por los logros personales quedaba ensombrecido por las situaciones de violencia en que vivíamos inmersos. Recuerdo que uno de los libros en que tenía cifradas grandes esperanzas apareció en las vidrieras de las librerías junto con el estallido de la guerra contra los ingleses, en las Malvinas. Yo me sentía por ese entonces inmerso en una paradójica vivencia que reunía el triunfo personal y un sombrío panorama para mi gente. Esta misma situación paradójica, esta contradicción entre un éxito en el terreno científico y el dolor y la preocupación por el clima de violencia colectiva, signó todo ese período de la dictadura militar.

Esta historia podría parecer fuera de lugar, pero pretende poner en evidencia un modo particular de intentar sobrellevar los sentimientos de injusticia, las situaciones en que predomina el abuso del poder. Los psicoanalistas solemos decir que ante el trauma surgen tentativas de salir de la situación pasiva y de volverse activo, de uno u otro modo, en el esfuerzo por tramitarlo, por no dejarse doblegar. Tales tentativas ya corresponden a la singularidad, ponen en evidencia el despertar de una subjetividad, que en algún momento pudo quedar anonadada al padecer una intrusión violenta. Esta visión retrospectiva me lleva a inferir que mi modo de encarar los sentimientos de injusticia social consiste en el esfuerzo por refinar y complejizar mis investigaciones, mis propuestas.

Se podrá tildar de ingenua mi forma de encarar el sentimiento de injusticia, porque en los hechos políticos, al menos los manifiestos, mi actividad no cambiaba en lo mínimo las cosas. Pero del mismo modo se podría hablar del humor, el cual sin embargo basa su autoafirmación rebelde en el hecho de que lo anímico

no se doblega, de que halla un camino para resistir a las presiones y vejaciones de un poder muy superior, sin por ello perder la vida. Por otra parte, es posible que no hubiera podido entonces, durante el período de la dictadura militar, mantener esta posición, si hubiera sufrido la pérdida de algún allegado muy directo.

Resulta también evidente que la dictadura militar dejó una marca en mi actividad intelectual, al imponer de algún modo la supresión de cierta temática de mis textos. En ocasiones, la posibilidad de expresar la subjetividad se da sólo en un marco íntimo, o en escritos publicados clandestinamente. En otras, más benignas, la subjetividad puede expresarse en forma alusiva, poética, sobre todo en lo que hace a la situación de injusticia y violencia. En otras ocasiones, por fin, es posible no deformar los contenidos, hacerlos públicos como tales. La situación en que me podía ubicar yo, en relación con las limitaciones en el período de la dictadura militar, era parecida a la del poeta, en el sentido de que la expresión subjetiva exigía, al menos para mí, una cierta transformación de los contenidos (sobre todo los ligados con las situaciones de violencia político-social), en mi caso en un esfuerzo de profundización, por una parte, y de mantenimiento de la cohesión grupal, por la otra.

Pero es hora de irnos acercando a la situación más reciente. Ya en la época de la dictadura, pero sobre todo después, una parte de mis intereses científicos se centró precisamente en torno de las situaciones de injusticia y de violencia vincular. No se me escapa que en este punto se combinaban de otro modo una cierta ética científica y mi tentativa de procesar las vivencias previas.

Precisamente, cuatro días antes del atentado, apareció un extenso artículo en el que yo aludía a diferentes modalidades de las neurosis traumáticas, entre las cuales presté atención a

las derivadas de las catástrofes climáticas y la violencia política y bélica. Destaqué algunos aspectos generales comunes a quienes padecen estas situaciones, para luego considerar rasgos diferenciales. Incluso presté atención a la especificidad de los conflictos en quienes padecen y quienes ejecutan el acto violento.

En principio me impactó de un modo particular la secuencia entre publicación y crisis de violencia política, como si de algún modo hubiera convocado a los demonios. Aun así, advertí que en esta oportunidad mantuve, quizá con un matiz algo diferente, mi antigua forma de procesar tales tipos de situaciones. Algunos de los trabajos que escribí a partir de entonces ya han sido publicados, uno de ellos en un número de conjunto dedicado al tema del atentado, y otros esperan su turno de aparición. En cuanto al matiz diferencial, reside en que mi respuesta activa no sólo es la profundización en la investigación, sino también la elección de una temática relacionada con la violencia, sus efectos anímicos y vinculares, y las estructuras psíquicas y societarias en las cuales ella se origina.

Otro tipo de diferenciación que puedo advertir ya no atañe a la temática de mi escritura, sino a su forma. Durante los años de la represión y un tiempo después me caractericé por una escritura despojada de adornos, severa, quizá como reacción frente a tantos textos superficiales y abundosos en una retórica que impactaba y que se volvió reiterada. Luego aparecieron en mi escritura algunos rasgos subjetivos, y mi intimidad quedó más o menos expuesta, sin por ello perder el rigor argumentativo que contiene algo de la marca del trauma. En efecto, más allá de la exigencia científica, creo que la lucha en mí se trasladó al severo régimen al que sometí a mis presentaciones escritas, como si esta fuera la forma de enfrentar (por el camino de la identificación) a un enemigo

impiadoso, y quizá también a la desaprensión expresada como brillo argumentativo inconsistente.

Deslinde entre situaciones de violencia política: el parámetro subjetivo

POR ahora me he restringido a un terreno testimonial privado, que hasta el presente nunca había considerado pertinente exponer, ni de manera oral ni por escrito. Cabe dar un paso más, y considerar mi propio testimonio como representativo de una realidad más vasta y como motivo de análisis, pero no sólo desde la perspectiva de mi subjetividad sino también, y sobre todo, desde la óptica de los nexos comunitarios que ella pone en evidencia.

En principio podría objetarse que mi modo de encarar las situaciones violentas pone en evidencia una ceguera ante los peligros objetivos, como los que condujeron al auge del nazismo. Pero creo que contemplar las situaciones de violencia a partir del parámetro exclusivo del nazismo exige una cierta verborragia argumentativa (a la cual no soy muy afecto) para demostrar similitudes mediante un proceso de magnificación de los hechos. Así, pues, mi postura pretende contraponerse tanto a la ceguera ante los hechos cuanto a su sobredimensión.

Para no quedarme en la ambigüedad de estas propuestas generales, deseo mencionar que en otra oportunidad he destacado que en los nexos anímicos y comunitarios pueden presentarse seis modos diversos de enlace con lo diferente: 1) su aniquilación, a veces expresada como reducción a lo propio; 2) su aislamiento; 3) su reconocimiento como algo autónomo, con la consiguiente coexistencia superficial; 4) la afinidad parcial, con lo cual se da un trato fragmentario, puntual, en torno de ciertos

intereses mutuos; 5) el rescate de lo diferente; 6) la complejización y la consiguiente creación de nuevas ensambladuras y propuestas.

Estas alternativas de nexo con lo diferente permiten deslindar situaciones que, pese a quedar unificadas en su carácter violento, tienen otros alcances subjetivos. Cuanto mayor la eficacia anímica y comunitaria de la violencia social, sobre todo la ejercida desde el poder, menor espacio queda para el vínculo con lo diferente, para el desarrollo subjetivo. Los totalitarismos infiltran de tal modo los nexos sociales que vuelven casi imposible el desarrollo de una subjetividad, sustituida a menudo por una retracción abúlica, discursos aduladores e inconsistentes, copias y falsificaciones, tendencias catárticas, expulsivas, y también posturas especuladoras, centradas en torno de los cálculos económicos. Las dictaduras dejan un cierto resquicio al desarrollo subjetivo, en la medida en que el poder y la violencia no llegan a infiltrarse hasta el mismo punto en la trama grupal y familiar. También cabe destacar que en ocasiones un gobierno que aparentemente respeta las diferencias, en el fondo pretende alcanzar una uniformación centrada en la banalización de lo diverso, en la pérdida de sus particularidades al disolverlas en la vacuidad de algunas propuestas que recurren a los *mass media*. El alerta anímico y comunitario permite desarrollar proyectos que de un modo u otro hagan resistencia a estos diversos riegos disolventes de la diversidad, y que aspiran a una nivelación descomplejizante.

Pero más allá de estas consideraciones, la exposición previa permite al menos distinguir entre la violencia en diferentes momentos de la vida social y política argentina y el fenómeno nazi. Este último suprimió la subjetividad, mientras que la dictadura militar argentina sólo logró acorralarla, cercarla, sin terminar de erradicarla. De allí las paradojas que se dieron hacia el final de

dicho período de violencia política, en que mi libro aparecía junto con la guerra de las Malvinas. Esta situación era sólo uno de los tantos exponentes de las contradicciones internas que atravesaron todo este período. La atención creciente que advertí que yo daba al tema explícito de la violencia es, a su vez, una expresión del cambio en cuanto a la posición del poder respecto de lo diferente.

Para decirlo de otro modo, cabe preguntarse hasta dónde una práctica violenta se infiltra en la cotidianidad. Esta se caracteriza por la diversidad abigarrada de intereses, conflictos, orientaciones, vivencias, todo lo cual puede quedar bruscamente unificado como consecuencia de una intrusión desmesurada. Sabemos del modo en que el nazismo se fue infiltrando progresivamente en la cotidianidad de los pueblos, e igualmente advertimos hasta dónde la cotidianidad quedó afectada por la dictadura argentina. La guerra de las Malvinas sobrevino en un momento en que el gobierno militar estaba perdiendo poder. De este modo podemos entender la situación en que el gobierno reclamaba algún apoyo cívico, como por ejemplo mediante las colectas voluntarias. El viraje ponía en evidencia el espacio creciente que comenzó a tener el vínculo con lo diferente y el desarrollo subjetivo, situación aún más evidente en torno del atentado contra la AMIA, en que la cotidianidad se vio fragmentariamente cuestionada, sobre todo en el barrio de Once y las instituciones judías.

Freud distingue dos tipos de incitaciones exógenas insoportables. Una de ellas perfora una coraza antiestímulo y determina un estado de dolor que no cesa y que exige una redistribución energética para contornear la zona de intrusión, neutralizar la eficacia de la incitación irrupiente y promover el consiguiente restablecimiento. Todo ello podría incluirse en una teoría de la cicatrización y la pulsión de curación que Freud describe en sus

conferencias de 1933. En cambio, en otras ocasiones la coraza antiestímulo no es perforada en un área circunscripta sino que es arrasada, en cuyo caso resulta imposible, al menos por un tiempo, el pasaje al esfuerzo de restablecimiento. Tales diferencias pueden aplicarse a la eficacia de la violencia sobre la respuesta societaria en, por ejemplo, el Holocausto y el atentado a la AMIA.

En suma, he planteado tres parámetros articulables en la tentativa de ofrecer criterios para categorizar lo común y lo diferente a las distintas situaciones de violencia social: el nexo con lo diverso, la permanencia de la cotidianidad, la posibilidad mayor o menor de neutralizar el trauma por un pasaje a la cicatrización de las heridas societarias. Los tres parámetros contienen en común una referencia a las implicaciones subjetivas y sus nexos con la vida anímica y comunitaria.

Reitero que este modo de particularizar la situación, si bien pretende contrarrestar el riesgo de la confusión entre diferentes situaciones violentas, también nos enfrenta con otro riesgo, el de la ignorancia del problema y la consiguiente falta de respuesta cívica y de solidaridad social. Precisamente en un afán por deslindar, deseo evocar algunas situaciones que debí pasar en mi práctica de supervisión de casos clínicos, durante la época de la dictadura militar, en momentos ulteriores y en situaciones recientes, luego del atentado contra la AMIA.

Violencia política y conservación subjetiva durante la dictadura militar

UNO de los problemas que se presenta en la práctica clínica en situaciones violentas reside en la dificultad para discernir con claridad un proyecto que resista a los asaltos de los propios

prejuicios y pasiones. La situación puede hacerse difícil cuando un psicoterapeuta es consultado por un paciente cuya práctica social violenta está en abierta oposición con los propios principios éticos y cívicos. En ocasiones la situación termina de un modo similar a como Freud declinó opinar respecto del nazismo: el terapeuta decide no tomar el caso, y lo deriva (o no) a un colega. En otras ocasiones, en cambio, la situación es más compleja, y tal decisión no resulta disponible, con lo cual el terapeuta se ve enfrentado a situaciones que pueden o no tener salida, como ocurrió a veces durante la década de gobierno militar en Argentina.

Además, no es lo mismo atender a individuos que participan, de uno y otro lado, en los conflictos violentos de los casi diez años de gobierno militar, que tratar psicoterapéuticamente a los familiares de estos. E inclusive, tampoco podemos reunir en un mismo grupo a quienes estaban del lado de la represión y a aquellos otros que se oponían a ella. De todos modos, el tratamiento con familiares de quienes participaron de algún modo en las situaciones de violencia exige una fuerte vigilancia sobre los sentimientos del analista, ya que puede a veces hipertrofiar su simpatía por alguno de los bandos y soslayar su postura clínica, o, a la inversa, perseguir en los descendientes aquello que les resultó cívicamente ultrajante de sus progenitores. Los prejuicios, al crear un universo dicotomizado, llevan a producir alianzas ofensivo-defensivas con el paciente y complicidades que interfieren en la labor clínica, introduciendo como argumento la lástima, la compasión, que muy rápidamente se transforma en recurso cínico que avala rasgos de carácter patológico que deben ser analizados (por ejemplo, colocarse sistemáticamente, más allá de cierto margen, en la posición de una víctima o un héroe que requiere una consideración especial). No es fácil para el analista desprenderse de esta tentación de

reunir militancia cívica y labor clínica, pero a menudo este proyecto conlleva numerosos riesgos.

Pueden existir entonces situaciones en las cuales se da una tensión, un conflicto entre dos éticas, la cívica y la clínica. A veces las dos resultan de tal manera incompatibles que se hace imposible un tratamiento psicoterapéutico. En efecto, este tiene como requisito que el terapeuta pueda desplegar su subjetividad, una herramienta fundamental para mantener un nexo empático con el paciente. Pero en ocasiones el ataque que sufre su dignidad cívica hace imposible que pueda disponer de su subjetividad en la clínica.

Cuando quien consulta es un individuo que participó directamente en los hechos violentos durante la represión militar, el terapeuta debe preguntarse si está en condiciones de trabajar como clínico, sabiendo que ello implica restablecer la subjetividad en su paciente. Porque, en efecto, puede haber decidido que tales individuos no merecen recuperar su subjetividad, y entonces es preferible que no tome el caso, como ha ocurrido en ocasiones. Cuando el tratamiento se desarrolla, se advierte que el arduo comienzo de un mínimo de subjetivación va acompañado en el paciente de un largo período de atroces tormentos anímicos, de difícil tramitación, cada vez que debe encarar episodios de violencia prácticamente inenarrables. Es que, como lo destaqué en otras oportunidades, la criminalidad desarrollada en tales condiciones carece de sujeto, es anónima, automática, y el restablecimiento de la subjetividad es un trabajo sumamente problemático, casi agobiante para paciente y terapeuta.

En cuanto a mi función, creo que, si bien he suministrado el marco conceptual para pensar la situación clínica específica, lo principal consistió en estar atento al rescate de la subjetividad del analista, acechada por sus estallidos de pánico o de furia, a veces impotente. Creo haberlo internado con diferentes re-

sultados, y en algunas ocasiones con una fuerte sentimiento de dolor impotente.

Violencia política y conservación subjetiva en torno del atentado contra la AMIA

CON respecto a las situaciones clínicas derivadas del atentado contra la AMIA, los problemas que se presentaron fueron diversos. En algunos casos, el atentado resultó sólo un detonante accidental que desencadenó crisis psicóticas preexistentes; en otras ocasiones potenció las disposiciones previas a dejarse morir, como ocurrió con algunos pacientes con SIDA. Pero eso se trataba de problemas que perturbaran la subjetividad del analista, el cual no se hallaba mayormente implicado en la situación clínica, no más que en muchas otras circunstancias. En algunos pacientes, especialmente los adictos, que tienen una tendencia a mantener vínculos ambiguos, indefinidos, con el mundo, el conflicto en relación con la asistencia a la manifestación cívica contra el atentado adquirió ribetes notorios. En algunos de estos casos hubo manifestaciones claustro-agorafóbicas. Un paciente no pudo soportar la situación de salida al mundo, de manifestarse contra la violencia, y terminó retrayéndose en un vínculo incestuoso con una prima.

Sin embargo, me parecen más interesantes algunas situaciones clínicas en que el acento recae sobre los problemas suscitados en el analista. En algunos casos, pude advertir el obstáculo clínico que representaba el hecho de que un terapeuta judío

tuviera preferencia por atender a pacientes de su propia grey, con los cuales se sentía identificado, o bien que esperara que sus pacientes no judíos manifestaran reiteradamente lo doloridos e indignados que estaban por el estallido de violencia. También pude advertir en ocasiones el fastidio de algún terapeuta judío cuando los pacientes (especialmente los más regresivos, que sonríen impávidos en las catástrofes) no expresaban de uno u otro modo sus condolencias a sus conocidos judíos o al terapeuta mismo. Todas ellas fueron sólo interferencias clínicas temporarias.

Me parece más instructivo consignar las situaciones clínicas que se presentaron cuando el terapeuta, de origen judío, atendía a pacientes de origen árabe. En una de tales situaciones la terapeuta tuvo una crisis de pánico por suponer que su paciente formaba parte de los grupos que apoyaban, al menos de palabra, a quienes perpetraron el atentado. Costó bastante que la terapeuta restableciera su postura clínica y prestara atención al discurso de la paciente, caracterizado por la falsedad, que se mezclaba con vínculos calculadores y promiscuos y con una anorexia penosamente neutralizada. Inclusive tomamos la crisis de pánico de la terapeuta como expresión de un estado anímico permanente de la paciente, que ésta no llegaba a vivenciar, y del cual su analista se hacía cargo. La joven en cuestión mantenía además fluidos vínculos con miembros de la colectividad judía, con los cuales también tenía nexos eróticos. Decía que los judíos eran sus primos, lo que nos llevó a considerar las relaciones que su madre, un personaje afectivamente poderoso para la paciente, tenía con sus hermanos, tíos de la paciente. Resultó de allí el descubrimiento de unas relaciones fraternas violentas, casi incestuosas, en el nivel de sus antecesores, que de algún modo signaban las relaciones inmediatas de la paciente.

Pasemos ahora a considerar otro caso, inverso. Se trataba de un paciente de origen árabe que en el curso del tratamiento disminuyó notablemente su postura despótica y denigratoria hacia su esposa y sus hijas y su tendencia promiscua, y pasó a desarrollar vínculos tiernos en el seno de su familia. Tenía amigos entre personas de origen árabe y judío y estaba a punto de celebrar sus sesenta años con una gran fiesta, odalisca incluida. Pero el atentado, ocurrido poco antes de su cumpleaños, volvió imposible la celebración, e inclusive por algunos días se le hizo difícil concurrir al tratamiento. Finalmente, el día de su cumpleaños tuvo malestares cardíacos que determinaron su internación. El terapeuta, habitualmente bien conectado con los estados anímicos del paciente, no hallaba el camino para desarrollar una propuesta clínica. Finalmente, fue posible hallar una posición desde la cual intevenir, sobre todo tomando en consideración que para el paciente el cumpleaños debió de estar acompañado de la recuperación de vivencias expresadas en un árabe que de pronto se volvió imposible de expresar ante su terapeuta. Desde la óptica del paciente, él escucharía con furia. A la semana el paciente salió de la internación, y al mes pudo celebrar su cumpleaños. Entretanto, el terapeuta había restablecido su postura clínica, que en algún momento había tambaleado.

El primero de estos dos casos le presentó a la terapeuta un problema, ya que no sabía hasta qué punto tenía que encarar la situación desde una postura cívica y hasta dónde desde una perspectiva clínica, ya que ambas alternativas se le había vuelto excluyentes. Progresivamente advirtió que el conflicto no tenía asideros en la historia de la paciente, y pudo advertir qué valor tenía, en cambio, para la paciente el estar dependiente de una mujer aterrada, de la cual, por lo tanto, es imposible alimentarse.

Una pesadilla

POR último, deseo considerar otro tipo de situaciones, que hacen quizá más a mi intimidad. Desde hace algo menos de veinte años, tengo por costumbre recurrir a una escritura autoanalítica. Con el tiempo advertí que apelo a este recurso sólo cuando me siento desbordado afectivamente por determinado conflicto que trato de entender y procesar. En la época de la represión política, es probable que en algunas ocasiones las situaciones sociales motivaran mi decisión de recurrir al autoanálisis. También pasó algo de esto en la época de la aparición de aquel libro, en coincidencia con la guerra de las Malvinas. En cuanto al período del atentado, éste no formó parte (al menos la más evidente) de la decisión de recurrir otra vez a la escritura autoanalítica. Releyendo lo escrito por ese entonces, pude detectar que los sentimientos que más me pesaron fueron los ligados con algún conflicto familiar o con problemas institucionales. También tenía relieve mi preocupación por una permanente renovación de los horizontes científicos, así como mi compromiso en situaciones afectivas con algunos amigos.

Con ello quiero retornar al estudio de la relación entre el atentado y la conservación de una cierta cotidianidad. Con todo, creo que lo que registré en mi escritura autoanalítica no es totalmente representativo de mi estado anímico de aquel entonces, ya que en ella yo prestaba sobre todo atención a lo más acuciante, a lo que consideraba más eficaz para despertarme afectos penosos difíciles de soportar. Es posible que en sordina se manifestara una preocupación permanente por la situación ligada de uno u otro modo con el atentado y sus consecuencias. Por lo menos, esto es lo que puedo pensar ahora, al considerar retrospectivamente aquel período. Existe, pues, un desfase

entre lo consignado y mi memoria del clima global vivido en aquellos momentos. Sea como fuere, también en mi memoria se conserva claramente la vivencia de que el atentado afectó sólo parcialmente mi nexo con mi cotidianidad.

Me parece que podría ser interesante analizar un sueño que tuve por ese entonces, y que deseo transcribir, más o menos textualmente, con sus prolegómenos: "Me desperté tras un sueño, mitad pesadilla. Dos personas en una larga disputa creen que pueden separarse porque una aniquila a la otra. Van en un vehículo, del lado de afuera, y uno saluda al otro (presuntamente vencido) porque se van a separar, y ahí descubrimos que están apoyados en la misma plataforma, que se separa del vehículo que se aleja, y ellos siguen juntos en su disputa. La situación tenía algo de cómico y macabro, no cínico, sino con un humor entre ácido y tierno, y los personajes eran algo payascosos". En cuanto a mis comentarios, se referían a la dureza de la semana (el texto que menciono corresponde al 23 de julio, el sábado siguiente al atentado, ocurrido el 18 de ese mes). En primer lugar consigné una referencia al efecto que me había producido la noticia (recibida cinco días antes del atentado) de que el hijo de unos amigos había sido atropellado por un auto y su estado era desesperante. Luego aludí a lo difícil que nos había resultado durante el fin de semana reponernos de este hecho a Clara, mi esposa, y a mí, y que tras lograrlo (Clara había dicho que superar esa situación había sido un triunfo de la vida, según lo consigné entonces), ocurrió el estallido de la bomba, el lunes. Aludí también al cumpleaños de mi hija menor, el 20 de julio, y a la manifestación de repudio contra el atentado, el 21. También consigné una charla con mi hija mayor, que deseaba viajar a Estados Unidos durante dos semanas, y a las incertidumbres respecto a su futuro. Luego me referí a la angustia que había sentido el 19 de julio, cuando mi hija menor salió con sus amigos a festejar

su cumpleaños y demoró en volver. Concluí que respecto del alejamiento de mis dos hijas, yo temía que ocurriera algo similar a lo que le había sucedido al hijo de nuestros amigos, un accidente fatal. Finalmente, este niño había muerto el día del atentado contra la AMIA, y no pude concurrir al entierro, sacudido como quedé por los hechos. Mencioné en mi escrito algo que destaqué al comienzo: que no había sido tocado en mis vínculos más cercanos, sino de un modo simbólico, como en la época de la represión.

Con congoja me dije que no podía proteger del todo a las personas que quiero, y que eso me dejaba muy expuesto. Poco después me referí al sueño. Escribí que "tiene que ver con la dificultad para diferenciarse por completo, por la unión en la base, en los pies". Lo relacioné con un filme sobre vampiros que había visto, y que entendí al hacer conexiones con el mundo de los muertos que no mueren, a los que mantenemos con vida al ofrecer la nuestra. Agregué que también debía de influir que algunos amigos queridos se hallaran de vacaciones, fuera de la Argentina, y que la semana de violencia potenció mi nostalgia.

Con ello terminó mi comentario, al que podría agregar que en otra oportunidad he escrito que a menudo las situaciones de violencia corresponden a una tentativa de crear una separación en un nexo caracterizado por la adhesividad, y que el esfuerzo diferenciador culmina en fracaso porque ni el presunto contrincante ni el propio sujeto poseen una complejización como para sostener sus procesos anímicos fuera del apego mencionado. Algo de eso aparecía en mi comentario acerca del enojo ante la ausencia de mis amigos y el alejamiento de mis hijas, pero también acerca de la situación en que la violencia pretende crear falsas separaciones, allí donde predominan nexos basados en otros lazos.

Si tuviera que volver otra vez sobre mi sueño, diría que éste evidencia algo de lo que expuse anteriormente acerca del rechazo violento de lo diferente, situación que se hace especialmente notable cuando queda amenazada una postura de ambigüedad despótica que se opone a todo tipo de decisión que exija una definición.

En fragmentos ulteriores de mi escrito, correspondientes a las semanas siguientes, sólo aparecen comentarios aislados referidos al atentado o sus efectos en mi sentir. Pero puedo sacar una conclusión de estas observaciones: que en principio predominó en mí el egoísmo, la preocupación referida a los seres más cercanos en cuanto a mis afectos, y que, una vez asegurada una cierta estabilidad en este terreno, pasé a dar lugar a otros sentimientos, de carácter solidario y cívico, en que mis respuestas ante las prácticas violentas se expresaron ya de otro modo, sobre todo en mi producción institucional y científica. Aun así, advertí que en mis escritos realicé un esfuerzo por no particularizar, por no centrarme por completo en el atentado, sino por ubicar este acto violento en un marco más amplio, de modo tal que mi trabajo sirviera para pensar otras muchas situaciones en que la criminalidad se despliega de manera desenfrenada. Cuidé de no abusar con generalidades que quitaran a tales situaciones su especificidad, pero al mismo tiempo procuré evitar ceñirme a un episodio único, sin tomar en cuenta su carácter representativo de un conjunto de ellos, al menos en ciertos aspectos.

Antes de concluir, cabe realizar una puntualización. Una vez releído el conjunto de lo escrito, me quedó un doble dejo de insatisfacción: advertía que no había analizado con la suficiente profundidad mi sueño, y también que no hallaba la perspectiva pertinente para ello. Primero pensé que había en mi falla algo de deshonestidad o de resistencia, pero luego advertí que se trataba más bien de la falta de encuentro de una perspectiva,

ya que es poco pertinente un análisis de aspectos de mi intimidad que no contenga también algo de un pensar colectivo, comunitario. Al respecto deseo recordar que hace alrededor de veinte años escribí un cuento en el cual diferentes miembros de una familia tenían sueños que se interpenetraban, y luego volví sobre el tema, pero desde una perspectiva psicoanalítica, al investigar una actividad onírica en que un individuo presta sus recursos expresivos a otro o a un grupo. Creo que esta actividad resulta tanto más notoria en situaciones de catástrofe, individual y colectiva, como cuando un individuo agoniza sin advertirlo y otro anticipa oníricamente su próximo deceso e incluso los motivos de éste. Del mismo modo creo que puede considerarse mi sueño y en este sentido adquiere significatividad el hecho de que al transcribirlo yo consignara el término "descubrimos", como si el soñante fuera colectivo, y no sólo singular.

Mi singularidad anímica, mi universo simbólico, desiderativo y afectivo, mi vida pasional inclusive, se imbricaba en este punto con un nexo societario, al cual le prestaba una figuración y un abordaje particulares. Desde esta óptica, considero que mi referencia a lo macabro y al filme sobre vampiros, así como a los muertos que no terminan de morir, posiblemente tenga algún nexo con la larga agonía del hijo de nuestros amigos, y también con la dolorosa secuencia de los días en que se removieron los escombros del edificio de la AMIA, en la búsqueda de sobrevivientes, así como con el hallazgo de fragmentos de cuerpos dispersos. Todo este conjunto penoso de vivencias corresponde, creo, a lo prácticamente irrepresentable, en el límite con lo narrable, como marca del trauma sobrevenido. En el sueño el trauma se colaba sobre todo por el camino de este adjetivo (macabro) el cual alude, creo, a los desenlaces que sobrevienen cuando en lugar de los procesos de complejización y diferenciación predomina la furia irreconciliable, vindicatoria, que vuelve a las fron-

teras indiscernibles, y transforma a las ausencias, a las muertes, a los límites y limitaciones ajenas en afrentas insoportables.

Podría decir que mi sueño contiene un comentario onírico jaisídico, humorístico, sobre la situación de violencia dicotomizante allí donde nos reúne un mismo soporte. Mientras prevalece la postura de rechazo de lo diverso, de la subjetividad ajena, subsistirá un nexo indisoluble, confuso, en que la violencia terminará recayendo sobre el conjunto, más allá de los esfuerzos por polarizar posiciones irreductibles. De tal modo también la propia subjetividad seguirá el camino de la extinción. El esfuerzo complejizante requerido para soportar el encuentro con lo diverso y proponer a partir de allí alternativas creativas requiere de un amparo ético, como también se hace evidente en el humor, por ejemplo el de Scholem Aleijem. Todos estamos unidos por ciertas legalidades y por nuestra raigambre originaria, esa Tierra en la cual nos afirmamos, y que es también nuestro

destino. En un mundo en movimiento, la pugna dicotomizante (que rechaza los fundamentos en que nos reunimos y que llevan a afirmar también nuestras diferencias) deja fuera de circulación a los contendientes que tienen ilusiones de algún tipo de desenlace triunfal, que aspira a la abolición del presunto enemigo.

Para finalizar deseo reiterar lo ya dicho: que en esta ocasión la violencia se infiltró en mi intimidad hasta un cierto punto, diferente en parte del padecido durante la época de la represión política, de la guerra de las Malvinas, e inclusive de la crisis económica que durante el fin del último gobierno radical condujo a una inflación galopante. Ello no implica ni una desconsideración de los hechos ni su confusión con otros, sobre todo con el Holocausto. Sólo me resta esperar, quizá como parte de mi incorregible manía científica, que estos testimonios permitan a su vez reconsiderar los fenómenos de violencia desde la perspectiva de la subjetividad, poco tomada en cuenta hasta el presente. 

AMILAT

Asociación Israelí de Investigadores del Judaísmo Latinoamericano

JUDAICA LATINOAMERICANA II

Estudios históricos, sociales y literarios sobre los judíos en América Latina y el Caribe.

Editorial Universitaria Magnes, Jerusalem, 1993

Distribuidor: AMILAT, P.O.B. 71184, Jerusalem 91076, Israel – Precio: U\$S 27 – Franqueo aéreo: U\$S 10

Llamada solidaria

Cristina Galli

EN julio del '94, a pocos días del atentado contra la AMIA, me convocaron a través de la Sociedad Judía de Mar del Plata para dar una charla-reflexión sobre el terrible acontecimiento, a pedido del Ministerio de Educación, en el Conservatorio de Música de esa ciudad.

Para este número de NOAJ, me pareció más interesante reproducir la llamada telefónica que dio origen al texto que escribí oportunamente para dirigirme a los estudiantes:

—¡Hola! ¿Quién habla? ¿Cristina? Soy Ana, te llamo para solidarizarme por lo del atentado. Qué terrible. Cómo pudieron haber hecho algo así. Además... murió también gente inocente, gente que justo pasaba, vecinos.

—¿Cómo gente inocente? Todos eran inocentes. Acá no se trata de distinguir entre judíos-no judíos inocentes, no te confundas.

—Bueno... no quise decir eso.

—Te entiendo, no quisiste pero lamentablemente ése es el dis-

Mar del Plata, Argentina. Ha publicado varios artículos de crítica literaria, y prepara actualmente un libro sobre el narrador y poeta peruano Isaac Goldemberg.



curso que circula, y yo tengo que aclararte cómo son las cosas, porque si vas a hablar de "inocentes", presuponiendo que hay no inocentes, estás facilitando los objetivos del fundamentalismo, aunque no lo quieras, ¿me entendés?

—Sí, claro... tenés razón. Lo que pasa es que a veces una repite cosas sin analizarlas. Pero también hay aspectos positivos. En estos días se empezaron a usar términos nuevos, como, por ejemplo, se habla mucho de pluralismo y de convivencia pluralista. Eso es bueno.

—Sí, es bueno que la gente se familiarice con las cuestiones que preocuparon a más de un judío. Créeme que alrededor del pluralismo y de la identidad se vienen realizando desde hace años congresos que ocupan el interés de intelectuales judíos y no judíos.

—Claro, pero yo es la primera vez que escucho hablar de convivencia pluralista en la televisión. Acordate de que antes se hablaba del crisol de razas.

—Bueno, otro gran error. Se lo sigue diciendo, y hasta lo escuché en estos días en boca de un dirigente político en un reportaje por la televisión.

—¿Acaso no es así?

—No, la noción de crisol de razas nos remite a una sociedad homogénea, a una masa indiferenciada. Esa es una herencia que soportamos los argentinos, pero que tenemos que esclarecer para poder reconocer que por suerte existen diferencias en nuestra sociedad, y que aceptar al otro con sus diferencias es la aspiración de toda convivencia pluralista.

—¡Ah, claro!... diferencias religiosas, raciales. Ahora entiendo. Yo creía que crisol de razas y pluralismo querían decir lo mismo. Claro... vos como estás en el tema...

—Bueno, yo creo que es un tema de todos. ¿Por qué no venís este miércoles a las ocho de la noche al Conservatorio, donde voy a dar una charla sobre estas cuestiones? Después se va a poder dialogar.

—Desde ya te aseguro que voy a ir, pero ya que vas a tocar estos temas te quiero dejar una inquietud. Tal vez te sirva para la elaboración de tu charla: En estos días escuché muchas declaraciones en reportajes que decían que en la Argentina no hay antisemitismo, pero también escuché decir que no hay que despertar a la bestia. Entonces, yo me pregunto... ¿la bestia existe?

—Bueno... eso es parte del doble discurso que a veces nos invade. Gracias por la inquietud, la voy a plantear en mi charla para que tengas una respuesta. Mientras, te voy dejando algunos interrogantes para que reflexiones sobre lo que me acabás de preguntar. Tal vez vos sola encuentres la respuesta: ¿Qué pensás de los atentados contra cementerios judíos? ¿Y de las recientes llamadas a familiares de las víctimas, con burlas y amenazas? ¿Y del atentado contra la Embajada de Israel? ... Por mencionar algunos hechos.

—Bueno, si lo vemos desde ahí...

—Pero no me contestes ahora. Pensalo y el miércoles lo planteamos, me va a resultar muy útil para formular las reflexiones. Te espero.



Diálogo con Tomás Abraham

Tomás Abraham, director de la revista de ensayo negro La Caja, consagró el No. 9 (setiembre-octubre de 1994) a editorializar la masacre de la AMIA de una manera que despertó asombro entre los lectores de tantas publicaciones que cubrieron el trágico atentado de la calle Pasteur. El lugar del editorial de La Caja fue ocupado por un lacónico mapa del exterminio de los judíos por los nazis entre 1941 y 1945, extraído del atlas histórico de Martin Gilbert. Además, reprodujo en todas las páginas del número la foto de la manifestación multitudinaria de solidaridad a las víctimas y repudio contra el terrorismo, reunida frente al Congreso de la Nación con paraguas abiertos bajo una lluvia torrencial. Finalmente, Abraham reprodujo, en forma de artículo, la entrevista que le hizo el periodista Carlos Rodari en Radio del Plata el 10. de agosto de 1994, en la cual denunció la falta de respeto de los medios de comunicación que cubrían el atentado, y rebatió algunos estereotipos y prejuicios populares sobre los judíos. Durante la visita reciente de Abraham a Jerusalem, continuó dialogando con NOAJ sobre el impacto que le causó la masacre de la AMIA y la reacción popular.

*Rumania, 1946; vive en Argentina desde niño. Es profesor de filosofía en varias universidades. Ha publicado: **Pensadores bajos** (1987); **Los senderos de Foucault** (1990); **Foucault y la ética** (1990); **La guerra del amor** (1992); **La política moral de los argentinos** (1995). Dirige la revista **La Caja**.*



Leonardo Senkman: *Luego del 18 de julio de 1994, varios escritores judeoargentinos necesitaron referir la tragedia a actos fundadores del memorial de agravios del antisemitismo argentino. Algunos escribieron que el pogrom de la Semana Trágica de 1919 ya no bastaba como referente para 1994, y trataron de recordar los años del terrorismo de estado. Ud., en cambio, no hesitó en referir editorialmente, en la revista **La Caja** que Ud. dirige la masacre de la calle Pasteur a aquel otro acto fundante del terror antijudío: el Holocausto. ¿Tiene que ver esta emblemización con el hecho de que Ud. nació en Rumania en 1946 y es hijo de sobrevivientes del nazismo?*

Tomás Abraham: Todo tiene que ver con todo, pero sólo Dios lo sabe, y yo no. Lo fundamental, y debo admitirlo, es que vinculo el crimen con el antisemitismo, no por una posición que atribuye autorías, sino por los comentarios posteriores, la actitud vergonzante e hipócrita de las elites argentinas. Además, por suponer que hubo desde adentro apoyo logístico de grupos que odian a los judíos.

Quise hacer recordar en aquellas jornadas en la que los números contaban, 80-90-1000 muertos, otras cifras. Números, una misma foto, paraguas, quería recrear con la imagen el minuto de silencio del pensamiento. Creía que la sangre derramada no había sino respetada de un modo muy argentino; se había sentido nada, y sentimentalizado mucho. Es como si la voz pública dijera al mismo tiempo en que se comete el asesinato colectivo y se buscan los cuerpos: hay que seguir adelante. No hay tiempo para pensar porque no hay verdadero interés. Hoy, a fines de marzo de 1995, ya ni siquiera se escuchan o ven los errores del juez Galeano a cargo de la investigación.

Es otro silencio, complicidad e impotencia.

LS: *En su artículo "Contra el terror", publicado en su revista, Ud. intenta responder a "las insolencias" de los interrogantes del antisemita "normal" de Buenos Aires que por radio empezó a hacer preguntas capciosas sobre las víctimas. ¿En que se diferencian para Ud. esos "candorosos" de los otros antisemitas que Ud. llama "militantes"?*

TA: Con un cierto sentido del humor, quizás judío, combino tolerancia, generosidad de espíritu con sonrisa, porque sé que los seres humanos también se menosprecian entre sí, que se agrupan para escupirse, rezan a Dios tanto como contra los otros, y se buscan la fealdad para descargar malos humores. Y de esto son víctima y, más, cómplices los judíos, los gallegos, los tanos, los sick y los zulúes. No por eso deja de manifestar cierta necedad, y un tufo de imbelicidad. Pero distingo la necedad de la patología asesina, el morbo sádico del militante racista.

Son grados que hay que tener en cuenta para no convertirse en un puritano moral y en un ser denso e insoportable.

LS: *Ud. nada dijo en su artículo sobre uno de los lemas que fue usado por la solidaridad espontánea luego de la masacre: "Todos somos judíos argentinos". ¿Cree Ud. que esta expresión constituye un cambio en la política moral de la sociedad argentina prejuiciosa respecto del judío?*

TA: Como chiste es malo y viejo. Nadie es todo, se es lo que se es. Y la solidaridad no es bocina ni declarativa. ¿Qué es eso de "somos todos negros o chinos" o lo que fuera? Lo único que sí somos todos es seres humanos, evidencia con la que la historia de la humanidad aún no sabe que hacer. Imagino que esa frase ("Todos somos judíos argentinos") escuchada fuera

de contexto a miles de kilómetros por un argentino judío, puede emocionar, y luego decepcionar. Yo no la escuché. Si la oí en París, en la época en que era estudiante en Francia, pero era gritada por estudiantes que formaban parte de un mismo movimiento dirigido por Cohn Bendit: *nous sommes tous des juifs allemands*. Pero en Argentina no hubo ese movimiento.

LS: *¿Qué sintió cuando sus amigos le expresaban sus condolencias inmediatamente después de la masacre? ¿Alguna vez Ud. se sintió parte de una minoría diferenciada por el hecho de ser judío en Argentina? Luego de los dos atentados, contra la Embajada de Israel y contra la AMIA, ¿se siente Ud. más expuesto a ser blanco móvil de esta violencia focalizada que otros ciudadanos argentinos?*

TA: La paranoia en la Argentina es un principio de realidad. Sólo los cínicos e hipócritas se hacen los pios y acusan de persecución. Cualquiera que en la Argentina dice cosas que irritan a jerarcas de las elites, siente miedo, lo cual es lógico en esta selva en la que las fuerzas de represión trabajan en negro.

Pero sí sentí algo extraño cuando se habló tanto de los judíos durante una semana y nos condolían por lo que pasaba. Esa cosa

en la que uno insiste, la de que yo soy tan argentino como cualquiera, la vi debilitarse, porque ahora no era un antisemita o un nacionalista el que me lo decía, y yo le desconocía sus derechos o me enfrentaba a él, con lo que reforzaba mi origen vocacional.

Sino que esta vez me separaban por amor, me judeizaban socialmente por amor.

Me decían que me querían por ser judío..., ¡si daban ganas de mandarlos a la mierda!

LS: *Pocos meses después de vivir el impacto de la masacre de la AMIA, Ud. viajó invitado por la Cancillería argentina*

a participar de la Feria Internacional del Libro en Jerusalem en 1995. ¿Qué significa para Ud. Israel?

TA: No significa nada, la palabra significar en este caso es fascitizante. Me impresionó Israel, pero no para bien ni para mal: me impresionó. Lo de Israel es imborrable. La veo como una potencia. Desde la Argentina, Israel parece la Roma Imperial. Militarización, poblaciones sojuzgadas, orgullo nacional, mística histórica. Es mezcla y sistema de castas, es extraño y subyugante, porque descansa sobre voces fundadoras de la humanidad.

No debe ser cómodo vivir en Israel para quien no participe de tanto fervor.



“Había gente que recién había perdido su vida, familiares y seres queridos que aún estaban tan galpeados que no podían empezar a llorar, y las ondas, el aire, el eter, las pantallas, los diarios, los políticos, los periodistas, los eternos apaciguados de siempre, no pudieron siquiera callarse un momento. Por respeto y dolor, la gente los coloca en uno solo de los platillos de la balanza para aligerar el sufrimiento, no se tiene consideración por esta comunidad que ha sido asesinada en un grupo de sus integrantes y amenazada en su integridad. Comunicadores que corren para salvaguardar el honor nacional que sintieron ofendido, otros, para justificar la ineficacia de los servicios, otras veces tan eficaces, algunos volcando sobre esta atrocidad una ternura de Topo Gigio, otros, apenas los escombros corridos a un lado, discutiendo con colegios vecinos a la AMIA si puede exigírseles a las comunidades judías que se instalen lejos de la ciudad porque hacen peligrar a los demás...”

(Tomás Abraham, “Contra el terror”, *La Caja*, No. 9)

La vida es más fuerte que el terror*

José A. Itzigsohn

NOS hemos reunido hoy aquí para rendir homenaje a las víctimas del atentado contra AMIA y para expresar nuestra más completa solidaridad con la comunidad judía de la Argentina, de la cual muchos de nosotros provenimos y de la cual seguimos sintiéndonos parte, pese al tiempo y la distancia.

El trauma sufrido a consecuencia de un acontecimiento como el atentado contra AMIA, es un proceso de crisis que pasa por varias etapas: La primera es una etapa de **confusión**. No se comprende bien todo el alcance de la experiencia, y el organismo se defiende contra estímulos que puedan ser demasiado

destructivos, hasta que puede llegar a asimilarlos. Eso ocurre con el dolor físico y también con los traumas psicológicos. Luego sobreviene una etapa en la cual, poco a poco se hace presente el dolor. Aunque en algunos casos el mismo puede llevar a una desorganización duradera de la conducta, por fortuna, la mayoría de las personas son capaces de asimilar el dolor y reorganizarse. Ello permite pasar a una etapa en la cual se busca alguna forma adecuada de **reacción**, de acuerdo al repertorio de conductas individuales y colectivas de que disponemos. En esta etapa pueden aparecer en la superficie fisuras que ya existían, tanto en la personalidad de cada uno como en la estructura

*Psiquiatra, docente y escritor argentino radicado en Jerusalem, desde 1976. Autor de numerosos obras de psicología social. Su último ensayo publicado en español: **Tras las huellas de Ashkenaz** (1988).*

- * Palabras pronunciadas en la Casa Argentina en Jerusalem-Tierra Santa, en ocasión del primer aniversario del atentado terrorista perpetrado contra la AMIA.



familiar y en la estructura comunitaria. Además, en caso de que las formas habituales de reacción no alcancen, se necesita un tiempo para comprender que es preciso crear formas nuevas de enfrentamiento con una situación inédita; en el caso del atentado a AMIA, con cosas que no creíamos que no nos podían pasar o que serían posibles sólo en otro contexto y en "otras latitudes".

En el caso argentino, el efecto reparador del tiempo se ve contrarrestado, parcialmente, por la perplejidad que deriva de la falta de avances significativos en la investigación del crimen, pese a la solidaridad expresada por el gobierno y sectores muy importantes del pueblo argentino y de sus medios de comunicación. Dada la certeza de que actos de ese tipo, quienquiera sea su inspirador foráneo, no se pueden llevar a cabo sin un apoyo logístico de grupos locales, inspirados por motivos ideológicos (antisemitismo local y antisionismo), por motivaciones mercenarias, o por ambas razones, el hecho que la investigación progresa con tanta dificultad, fomenta la sospecha que los criminales tiene medios e influencia para poder frenarla y eso agrega mucho a la inseguridad colectiva.

Los que vivimos en Israel debemos compartir nuestra experiencia en la convivencia con el terror, con nuestros hermanos argentinos. El terror puede infligirnos golpes dolorosísimos, pero, pese a lo que pretende hacernos creer, no puede actuar en todas partes y en forma simultánea: no tiene fuerzas para eso, ningún movimiento terrorista en el mundo la ha tenido. El terror puede atemorizarnos, pero no puede destruirnos como comunidades o como pueblo. Yo reitero con frecuencia un lema que he aprendido en Jerusalén: *La vida es más fuerte que el terror*. En la esquina de la casa donde vivo, hay una parada de ómnibus donde fueron asesinadas cuatro mujeres por un extremista islámico. Un túmulo con sus nombres, una bandera

israelí y, cada aniversario, guiraldas de flores, recuerdan ese hecho luctuoso. Pero día a día mujeres y niños, jóvenes y ancianos se sientan en ese lugar a esperar su ómnibus, nadie ha dejado de usar la parada por miedo a que el ataque terrorista se repita. Ese es, a mi entender, el mejor homenaje que se le puede rendir a las víctimas: la evidencia cotidiana del fracaso básico de nuestros enemigos.

Por otro lado, el esfuerzo imprescindible para prevenir, reprimir y erradicar al terror debe incluir la comprensión de las causas político-sociales que lo producen, no sólo su represión, sino el trabajo tendiente a su superación.

Desde la derrota del nazismo hace cincuenta años, dada la creación y consolidación del Estado de Israel y el avance de regímenes democráticos en muchas partes del mundo, la situación del pueblo judío y su seguridad han avanzado en una forma que no se habría podido prever en los años terribles de la Segunda Guerra Mundial. La creación de Israel y sus logros en el desarrollo y en la defensa de la vida, han influido de una manera positiva sobre todas las comunidades judías y de hecho, eso ocurre. La imagen del pueblo judío en su conjunto se ha diversificado y enriquecido, si bien no faltan también, por supuesto, como en todo proceso histórico momentos de aflicción y desencanto. Por otra parte, el desarrollo de las comunidades judías en los países más avanzados, el gran número de hombres prominentes que producen en diversos campos, su influencia cultural, económica y política, ha ayudado y ayuda mucho a Israel. Esta interacción beneficiosa entre Israel y el conjunto del pueblo judío es cierta y fundamental. Pero todo proceso de cambio y de avance engendra también oposición. El desarrollo de Israel engendró primero la oposición del nacionalismo palestino y del panarabismo, que ahora está en trance de ser superada gracias al proceso de paz. En época más reciente, ha engendrado la

oposición enconada del extremismo islámico, basada en el temor a la influencia cultural, económica y política de Israel; ese es ahora nuestro principal enemigo en el área. Estos movimientos fundamentalistas son los que han provocado actos de terror en distintas partes del mundo judío y es de temer que sigan intentando llevarlos a cabo, hasta que sea posible frenarlos a nivel local e internacional.

Por otra parte, en diversos países, renacen o se crean nuevos movimientos antisemitas que responden a circunstancias socio-económicas locales, como los movimientos xenófobos europeos, el antisemitismo negro en los Estados Unidos o el movimiento de Zhirinovsky en Rusia. Estos movimientos son de origen local, pero se asocian entre sí y proyectan su enemistad hacia Israel como centro del pueblo judío.

Es decir, los problemas del afianzamiento de Israel afectan a las otras comunidades judías a través de las reacciones que

provocan en otros países, como, por ejemplo, Irán; y recíprocamente los problemas de las diferentes comunidades judías afectan a Israel, a través del crecimiento de distintos movimientos antisemitas locales de sus países con su temor y rechazo a Israel.

Estos procesos son a mi entender inevitables pero transitorios, y no deben empañar el hecho fundamental del apoyo que ambos componentes del pueblo judío, Israel y las comunidades judías de otros países, se brindan entre sí. Por otra parte, no se puede pretender, en medio siglo, pasar de ser un pueblo señalado para el exterminio por una de las potencias más fuertes de su época y sus aliados ideológicos en todo el mundo, a ser un pueblo respetado y aceptado como un igual por todos los que nos rodean. Muchos nos queda por hacer, juntos y en colaboración con los sectores más ilustrados de la humanidad.

Por ese camino andamos. Estamos aquí.



PENSAMIENTO JUDIO CONTEMPORANEO

La revista de la cultura judía moderna

Director: ***Dr. Bernardo Kliksberg***

Editada por la Confederación Latinoamericana (CLAM, Zona Norte) y el Consejo Sionista Latinoamericano (COSLA, Zona Norte) con el patrocinio de Hebraica Venezuela, Organización Sionista Mundial y Unión Mundial Macabi

Dirección Postal: Apartado 16004, Caracas 1013A, Venezuela

Precio: Según países y costo de envío.



José Luis Najenson

*¿Cuál es la cifra de la Bestia
el rostro del terror mercenario,
el oráculo del miedo,
la letanía de los asesinos?*

*¿Y cuál el número de la víctima,
el nombre del cordero escogido
la exacta clave para el sacrificio
del Satán iranio?*

*¿En qué oscuro recodo del desierto
de qué tribu sectaria,
se templó el alfanje que bruñía el odio
bajo la esclava luna?*

*¿O fue también en Nishapur
donde el otro "Viejo de la Montaña"
forjaba los viejos haschich-chin
con el turbante de la sumisión?*

*¿Qué secreta guematria, qué trama de letras encendidas
pudo haberla salvado?*

*¿Qué mezuzá roída por el tiempo, y en qué puerta,
si hubiera sido cambiada?*

*¿Por qué no estaba en la casa de la calle Pasteur
el invisible Angel de la Guarda?*

*Preguntas ilusas, malheridas,
que la piadosa fantasía ensalma.*

*Pero sí estaban: la Bestia Trisexta,
los perros de Amalek, esos pupilos
del nuevo Ayatolla de la Montaña,
con el mismo haschich, y los cernícalos nativos
del águila foránea, parásitos
de su misma sangre envenenada,
repetiendo la misma consigna de muerte:
"debo obedecer".*

Argentino; reside en Israel desde 1983. Publicó **Nocturnas** (1959) (poemas); **Tiempo de arrojar piedras** (1981), **Más allá del río Sambatión** (1991) y **Memorias de un erotómano** (1991) (cuentos). Ha obtenido varios premios literarios. En prensa: **Pardés-Sefarad**, Premio de Poesía Castellana "Villa de Martorell", 1995.



*No faltaron las calvas cabezas
con el tatuaje de la cruz gamada
en plena frente, reverso
del signo de Caín, por donde bajan
todas las babas del diablo,
y alguno que otro militar oscuro
u oscuro policía,
torturador de viña carcelaria.*

*Pero faltaban las auras que coronan
las testas de los justos,
las treinta y seis columnas que sostienen el mundo;
faltaban los ojos interiores de los recién nacidos
que todo lo saben y después olvidan,
y la simple sapiencia de los hombres
de buena voluntad. ¿Adónde oteaba
el Ojo del Señor aquel infausto día?*

*Mas no hay consuelo. Tan sólo los ojos del Talión
ofrecen un remedo, aquéllos que se truecan
en el triste deber de la venganza
ojo por ojo, diente por diente,
sangre por sangre derramada.
Y si en el ara de Pasteur 633, todo mi Pueblo fue rehén,
hagamos del Terror Culpable, de los nuevos haschich-chin,
nuestros rehenes.*



A pesar de la furia de los fanáticos

Ismael Viñas

ES prácticamente obvio: se trata de dos números de revistas aparecidas en Buenos Aires,* inmediatamente después del horrendo atentado que destruyó el edificio de la AMIA y más lateralmente al que demolió la embajada de Israel en la Argentina, y con ellos la vida de más de cien personas.

Entrevistas, artículos especiales, transcripción de declaraciones hechas en diversos actos y manifestaciones, los contenidos de ambas revistas se superponen (inclusive, a veces se trata de la misma persona, que firma notas diferentes), al extremo de que en mi memoria se confunden una y otra. Lo que dicen los artículos es también lo mismo, y no podría ser de otra manera, puesto que tratan de un tema-problema único. Sólo los diferencia la calidad del decir, así como, en algunos casos, el propósito:

denuncias, exigencias (y aun críticas) al gobierno, manifestaciones simples y llanas de dolor, denuncias a países musulmanes a los que se acusa por su responsabilidad en los atentados (Irán, Siria) y a grupos internos por su antisemitismo (o, sin nombrarlos, salvo con designaciones muy genéricas: el equivalente de neonazis, por su presunta complicidad en los sangrientos hechos), propuestas concretas de reconstrucción del edificio...

Un material extenso, formado por notas y entrevistas breves o relativamente breves, que comprende más de 80 páginas

* *Arca del Sur*, No. 10. La Argentina después del atentado: Memoria o Gueto. *Raíces*. AMIA: Memoria y reconstrucción, octubre de 1994.



(medio tabloid en uno de los casos), imposible o casi imposible de reseñar, y, por otra parte, ¿cómo seleccionar lo que se dice aquí o allá, en esta o en aquella colaboración, si –estoy seguro– no ha sido el propósito de los colaboradores el destacarse?

Ni siquiera resulta posible, por las mismas razones, dar los nombres de los escritores o dirigentes comunitarios, u ofrecer una selección, con alguna cita: lo primero sería abrumador, lo segundo, injusto para los excluidos.

¿Qué hacer, entonces? ¿Cómo cumplir con el deber de reseñar dos revistas literarias, deber que se vuelve más obligatorio, más perentorio, por el motivo que provocó la aparición de estos dos números especiales? ¿Destacar que se trata, apenas, de una muestra de las múltiples respuestas similares, de una parte de las declaraciones y manifestaciones de repudio y de dolor que provocó el sangriento atentado? ¿Señalar que nos llamó la atención la escasa cantidad de no-judíos (si es que cabe esa terminología) que participaron en los dos números, y tratar de rastrear si se debe a la poca reacción que el hecho provocó fuera de los medios comunitarios o a una, relativa, falta de interés de los editores (quizá inconsciente)? Más allá de su importancia personal en este último caso, tal omisión del sector ampliamente mayoritario entre escritores, periodistas y otros intelectuales, no deja de ser significativo. Tanto más cuanto se repite en la carta abierta o solicitada pagada por la AMIA, bajo el título de "Atentado a la AMIA – Memoria activa por las víctimas", en la cual los judíos predominan ampliamente.

Si la primera hipótesis es cierta, señala un hecho gravísimo: más que el desinterés de la mayoría de los intelectuales argentinos estaríamos ante el antijudaísmo en una de sus formas más vergonzosas y vergonzantes, casi imposible de

aceptar entre la comunidad de quienes se precian de llevar la antorcha, de ser la sal de la tierra frente al resto de los mortales.

Si la segunda hipótesis es la cierta, estaríamos ante la presencia del espíritu de gueto, que los judíos argentinos se precian de rechazar. Con todo lo que ese espíritu significa, tanto más cuanto habría sido inducido por el miedo.

No descarto que haya habido un poco de las dos circunstancias: El que se haya recurrido a unos pocos no judíos canónicos, como el obispo Casaretto o Sábato o algún otro menos conocido, sin dejarse constancia de por qué; algunas anécdotas que llegaron hasta Israel (y de las que las revistas dan cuenta), más otras a las que se refieren varios de los autores publicados, dan suficiente asidero a lo que sospecho. Tanto más, tanto más –y siento enormemente lo que voy a escribir– cuando se conoce lo que ocurre con la Argentina en general, a pesar del optimismo que reina en la comunidad. Y aceptando todo lo que significan expresiones como el "fin de la utopía", "el mito del crisol del razas", en boca de los menores de sesenta o quizá cincuenta años. Y, con más claridad aún, en frases salpicadas a través de los artículos y declaraciones: "Yo veo que a los judíos, en mi país, han comenzado a matarlos", "Ellos actúan de dos maneras: ponen bombas y después trabajan sobre el miedo", "Desgraciadamente, la impunidad entre nosotros es un hecho habitual".

Con eso, cierto, con la declaración, también contenida en uno de los artículos recopilados, de que las palabras no cambian el mundo, contra lo que suelen creer los voceadores de palabras, pero (y esto lo agrego) ayudan a moverlo... si apuntan en la dirección adecuada. Tanto dolor no puede ser en vano. A pesar de la furia de los fanáticos. ¿O prevalecerán el odio, la impunidad, el olvido?

